



Universidad
de Navarra

MÁSTER EN ESTUDIOS CONTEMPORÁNEOS

TRABAJO DE FIN DE MÁSTER

LA IDEA DE ESPAÑA Y LA HISPANIDAD EN SALVADOR
DE MADARIAGA

ALUMNO:

SANTIAGO DE NAVASCUÉS

DIRECTOR:

PABLO PÉREZ LÓPEZ

PAMPLONA, 2016

RESUMEN

En el presente trabajo se examina el pensamiento de Salvador de Madariaga sobre el «ser de España» a través de sus principales monografías. La abundante producción del autor, que ha sido abordada desde un punto de vista literario en varias ocasiones, no cuenta con ninguna investigación histórica hasta la fecha. La reflexión sobre el «ser de España» ocupó un espacio predominante en la carrera de Madariaga, por lo que el trabajo ofrece una buena introducción a su vida y obra. Se parte de la hipótesis de que su pensamiento sobre la cuestión nacional evolucionó en sintonía con los principales acontecimientos del siglo XX. En consecuencia, el trabajo sigue una perspectiva histórico-biográfica a través de su larga carrera como político, escritor e historiador.

ABSTRACT

The object of this paper is to examine the thinking of Salvador de Madariaga about the «essence of Spain» through his most important works. The large number of books he wrote have been studied in a number of occasions, but there has not been a historical critic of his work hitherto. The topic of the «essence of Spain» had a huge importance in his writings, so this paper can offer a good introduction to his life and work. We start from the assumption that his thinking about the nation evolved through time. Thus, the paper follows a historical and biographical structure through his career as a politician, writer and historian.

PALABRAS CLAVE

España, Salvador de Madariaga, carácter nacional, nacionalismo, patriotismo, historiografía, biografía, historia de América, federalismo.

KEY WORDS

Spain, Salvador de Madariaga, national character, nationalism, patriotism, historiography, biography, history of America, federalism.

CONTENIDO

1.	Introducción	7
2.	La idea de España en Madariaga.....	11
2.1.	Nacionalismo y patriotismo	11
2.2.	España como potencia.....	15
3.	España desde Europa.....	21
3.1.	<i>Ingleses, franceses y españoles</i>	23
3.2.	El culto nacional	33
4.	El problema de España	37
4.1.	Los conceptos.....	40
4.2.	Los sucesos	46
5.	España y lo hispánico desde América.....	67
5.1.	El proyecto hispánico.....	70
5.2.	Las biografías.....	72
5.3.	El ciclo hispánico.....	80
5.4.	El futuro de Hispanoamérica.....	82
6.	España dividida: federalismo y separatismo	85
6.1.	La experiencia de España	86
6.2.	Federalismo y libertad	89
6.3.	¿Nación de naciones?	91
7.	Conclusiones.....	93
8.	Bibliografía y fuentes	95
8.1.	Archivos	95
8.2.	Trabajos citados	95
8.3.	Otras obras.....	98

1. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo pretende analizar los aspectos más importantes del pensamiento sobre España en la obra de Salvador de Madariaga. La cuestión sobre el «ser de España» y el nacionalismo ha sido uno de los problemas históricos que más debates ha suscitado entre los historiadores en las últimas décadas. El fenómeno nacional, sobre el que se esbozará un acercamiento teórico en el primer capítulo, se estudia en este trabajo a través de la producción ensayística e histórica del polígrafo Salvador de Madariaga.

La trayectoria política de este autor es abrumadoramente rica y su labor intelectual es sólo una faceta de su carrera profesional. Madariaga fue profesor, embajador y ministro, autor de más de sesenta libros y estudioso de filosofía política, historia, psicología social, crítica literaria, novelas, poesía y teatro. Además, su formación políglota en Francia e Inglaterra, y su larga carrera tanto profesional como de opositor al régimen de Franco en los últimos años de su vida, hacen de él uno de los intelectuales más polifacéticos de su generación. Madariaga trabajó con un concepto muy personal de la nación, en el que combinaba la observación histórica y la psicología. El estudio de este pilar de su pensamiento sobre el «ser de España» es el interés principal de este trabajo. Paul Preston señala que Madariaga no ha sido plenamente apreciado, precisamente, por la dificultad que entraña analizar a fondo la amplitud de su obra y llegar a un juicio sintético de ella (Preston, *Las tres españas del 36* 179). Por esta razón, algunos autores lo han llamado “un famosísimo desconocido” (Victoria Gil 5). Con este estudio, se pretende hacer una primera aproximación a su figura en cuanto ideólogo e historiador de lo hispánico.

El problema de España constituye una de las preocupaciones más graves de la historia cultural del país en el último siglo. Como dice Julián Marías, “la preocupación por la condición española parece un ingrediente esencial de la realidad de España” (Marías, *España inteligible* 11). En efecto, a diferencia de otros países, se da en España una constante interpretación de sí misma, desde campos históricos, sociológicos, literarios, etc. A su vez, las sucesivas respuestas que se han dado forman

parte de la realidad del país, por lo que el estudio de la visión de Madariaga puede arrojar luces sobre una interpretación determinada: la del liberalismo clásico.

El escritor, que vivió algunos de los momentos más cruciales de la historia española en el siglo XX, ofrece una visión propia de la denominada «generación del 14», caracterizada como europeísta y modernizadora. Entre sus miembros más destacados se encuentran intelectuales como Ortega y Gasset, Manuel Azaña o Ramón Pérez de Ayala, más implicados en política, y otros, como Juan Ramón Jiménez o Ramón Gómez de la Serna, que se apartaron de ella. Todos ellos mostraron una preocupación por la cuestión del «ser de España». En las décadas posteriores a la guerra civil, otros miembros de la generación, como Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz y el propio Madariaga, continuaron su reflexión desde el exilio. Estos últimos proponen una visión más distanciada del conflicto reciente, con las características propias de la generación del 14, pero con nuevos planteamientos en parte derivados de la dictadura de Primo de Rivera, la II República, la guerra civil y el régimen de Franco, del que fueron contemporáneos.

La visión clásica de «las dos Españas» tuvo un punto de inflexión a partir de la guerra civil, que conllevó una ruptura definitiva entre las diversas opciones políticas. Tanto el bando nacional como el republicano se relacionaron con dos ideas radicalmente distintas de España. Sin embargo, frente al maniqueísmo que divide las dos Españas como irreconciliables, hay autores que, en los últimos años, han reivindicado la importancia de la “tercera España”. Quizás el libro más importante en este sentido sea el de Paul Preston, *Las tres Españas del 36*, en el que se reconoce la existencia de un grupo de intelectuales, como Ortega y Gasset, Unamuno o Madariaga, que se negaron a tomar parte en la guerra. Este trabajo es una muestra del proyecto de la España que nunca fue, pero que estuvo en la vida y obra del liberal Madariaga.

El objeto de este trabajo es presentar la evolución del pensamiento de Madariaga acerca de España a través de sus escritos históricos, políticos y ensayísticos. Se parte de la hipótesis de que su pensamiento sobre la nación española evolucionó con el tiempo, especialmente a raíz de la “crisis del liberalismo” durante los años de la

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

guerra civil y la segunda guerra mundial. Por tanto, la idea de España no es fruto de una reflexión definida, sino de una multitud de factores que la definen.

Dada la gran extensión de la obra del coruñés, se han seleccionado exclusivamente las monografías principales y una parte de su archivo personal: algunas cartas y documentos preparatorios de los libros. Una faceta importante de su producción, como la escritura periodística –en especial, la de artículos firmados bajo el pseudónimo de Sancho Quijano en *El Sol*–, no se incluye en el trabajo. La selección de monografías nos ha parecido más significativa por dos motivos: por la importancia que les otorgó el propio autor (en especial, a las sucesivas ediciones de *España: un estudio de historia contemporánea*) y por el éxito editorial que tuvieron en su época.

El trabajo se estructura en torno a cuatro etapas biográficas distintas: la “psicología nacional”, el “problema de España”, la historia de América y el federalismo. La primera etapa (1921-1931) describe la base de su pensamiento sobre España: la fundamentación de la existencia de un “carácter nacional” basado en la psicología de los pueblos. Este periodo corresponde con la escritura de dos libros: *Genio de España y otros ensayos en literatura contemporánea española* (1923) e *Ingleses, franceses y españoles* (1928), ambos publicados antes de la proclamación de la II República. La segunda etapa (1931-1942) empieza con la publicación de *España: un ensayo de historia contemporánea* (1931), en la que el autor concreta su pensamiento no sólo sobre los caracteres nacionales, sino acerca de la España contemporánea. En esta obra trata de explicar en qué consiste el conflicto moderno de España. Sin duda, esta parte es la más polémica, pues el autor se pronuncia sobre las razones que conducen a la guerra civil y, más tarde, a la dictadura de Franco. La tercera etapa (1942-1962), que empieza después de la guerra civil, es el periodo en el que el autor escribe sobre la historia de América. Es una mirada hacia el pasado del país: la historia de la conquista y del Imperio español en América. Comienza con la publicación, ya en el exilio, de la *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, en 1942 y finaliza con el ensayo *Latin America between the Eagle and the Bear* (1963). La última etapa (1967-1978) trata del tema de la organización territorial de España. La monografía principal es *Memorias de un federalista* (1967).

Santiago de Navascués

Las fuentes de estudio del trabajo consisten, fundamentalmente, en dos bloques: por una parte, las biografías históricas, ensayos y memorias del autor; y, por otra, en la documentación disponible en el archivo del Instituto José Cornide de La Coruña. Por la dificultad de examinar sus artículos en periódicos españoles (*España, El Imparcial, La Publicidad, El Sol, La Pluma, Ahora* o *La Vanguardia*) como extranjeros (*Times, The Spectator, Manchester Guardian, BBC*, etc.), se ha omitido esta parte de la abundantísima producción.

El trabajo sigue un esquema historio—biográfico, en el que se combina la trayectoria personal del autor con su producción de libros de ensayo e historia. Con este enfoque se pretende mostrar una de las características sobresalientes de la idea de España en Salvador de Madariaga: la relación entre el discurso histórico y la percepción biográfica tanto del conflicto contemporáneo como del «ser de España». Esta investigación nos muestra una visión muy personal del “problema español”, que osciló siempre entre la heterodoxia y la polémica. Como liberal, defensor de una corriente política que nunca llegó a ser mayoritaria en el país, fue un autor de referencia para muchos exiliados, símbolo de la resistencia franquista y el quijotismo político. Su evolución política refleja fielmente los cambios sociales y culturales de su tiempo, sus desengaños y ambiciones, sus miedos y esperanzas. Los rasgos principales de su pensamiento son testigos de su tiempo, pues a pesar de su exilio de España, Madariaga nunca fue ajeno a los conflictos de su época.

2. LA IDEA DE ESPAÑA EN MADARIAGA

2.1. NACIONALISMO Y PATRIOTISMO

Los términos nacionalismo y patriotismo, como ha señalado John Lukacs en varias ocasiones, tienen orígenes y características distintas que, a menudo, no se han distinguido convenientemente. Mientras que el patriotismo es un sentimiento natural, que existe en el ser humano espontáneamente, el nacionalismo tiene unas características muy diferentes que incluyen consideraciones políticas, sociales e ideológicas acerca del propio país. No es fácil definir ambos términos, pues no son “compartimentos estancos”. Sobre el nacionalismo se han escrito infinidad de libros y es un término con una gran riqueza de significado. Por el contrario, el patriotismo ha ocupado un lugar mucho más escaso en el estudio académico.

A grandes rasgos, se puede decir que el nacionalismo es un movimiento que surge en el siglo XIX con la configuración de los nuevos estado—nación europeos. En esta época, la «nación» se convierte en el referente identitario de los ciudadanos dentro de una comunidad política. Se convierte, por tanto, en un término que engloba, simbólicamente, significados de tipo político, social, histórico e incluso ideológico. Como dice el profesor Alfredo Cruz Prados, “la misma nación es una entidad creada ideológicamente por él, y no algo natural, objetivo y anterior al mismo nacionalismo, como esta ideología afirma” (Cruz Prados 214).

Desde el punto de vista filosófico, se pueden distinguir varios conceptos en torno a la cuestión. En primer lugar, el término «pueblo» es una categoría política: es el grupo humano que se aglutina bajo un mismo régimen. «Patria» es una categoría geográfica: es la tierra de donde uno procede, y donde se echan raíces, el legado recibido de los ancestros. Por último, «nación» es una categoría antropológica: es ese legado recibido por nacimiento, es una condición personal y no una realidad territorial, es algo subjetivo, que se es, y que acompaña siempre a quien lo es (Cruz Prados 219). En este trabajo, para evitar confusiones terminológicas, se contraponen los dos últimos términos: nacionalismo y patriotismo. El segundo, que es un término menos definido, es el que se utilizará con preferencia para definir la idea de España de Madariaga, porque hace referencia a una cualidad que el autor experimentó a lo largo de su vida: su amor por lo que en Europa se llamaba las «cosas de España».

El patriotismo se puede definir como un amor innato, natural, al lugar en el que uno ha nacido. El vínculo se produce a través de la tierra, la sangre, la cultura, etc. El patriotismo no depende de la propia actitud, sino de la aceptación de la realidad en la que uno se encuentra. En este sentido, la distinción que hace George Orwell entre nacionalismo y patriotismo es interesante: “*patriotism is of its nature defensive, both militarily and culturally. Nationalism, on the other hand, is inseparable from the desire for power. The abiding purpose of every nationalist is to secure more power and more prestige, not for himself but for the nation or other unit in which he has chosen to sink his own individuality*” (Orwell párr. 2). Si el patriotismo es defensivo, que el nacionalismo es agresivo; el patriotismo está arraigado en la tierra, en un país particular, mientras que el nacionalismo se aplica al mito de un pueblo; el patriotismo es tradicionalista, el nacionalismo es populista. La comparación es interesante para ver cómo el nacionalismo es una ideología moderna, en la que se tiende a identificar los términos pueblo, patria y nación, pues “al hacer de la nación un sujeto de derechos políticos, identifica ésta con el pueblo; y al ser el territorio una condición imprescindible para el Estado, identifica la nación con la patria” (Cruz Prados 219).

En el siglo XX el nacionalismo llevó a grandes países a unificarse bajo un mismo ideario político, como la Alemania nazi. Para autores como John Lukacs, fue el nacionalismo exacerbado lo que condujo a Hitler al gobierno, como una suerte de sustituto de la fe religiosa. En sus años de juventud, confesaba en el *Mein Kampf*: “yo era un nacionalista, pero no un patriota” (Lukacs 111). Esto fue lo que permitió al dictador deificar al pueblo como sujeto de poder, con lo que convirtió sus intereses personales en el criterio con el que se había de regir la nación.

También en España, el nacionalismo llevó a la formación de partidos políticos con modelo ideológico y político para el país. Madariaga, que fue un pensador político pero que nunca tuvo un partido, comprendía bien los peligros del avance de un nacionalismo cada vez más exacerbado. Como “ciudadano del mundo”, educado España, Francia e Inglaterra, conocía bien los sentimientos que animaban a sus habitantes y escribió abundantemente sobre las similitudes y diferencias entre ellos. En concreto, señalaba una debilidad intrínseca del patriotismo español, en el que el individuo tiende a someter a la patria a sus intereses. El ejemplo contrario sería

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

Alemania, en el que la sociedad se somete a los intereses de la nación. Mientras que el patriotismo español es “subjetivo”, el alemán es “objetivo”: para el español será más fácil morir por la patria que vivir por ella.

La pregunta por el «ser de España» en la vida y obra de Madariaga abarca un amplio espectro de épocas y temas. No sólo evolucionó la idea que el autor tenía del país, sino que éste sufrió cambios radicales durante el siglo XX. La biografía del autor —su vivencia personal— se entrelazó inseparablemente con el desarrollo de los acontecimientos. Al mismo tiempo, el autor investigó el pasado español para comprender mejor su presente y, en los últimos años de su vida, proyectó una mirada sobre el futuro de la nación. Por todo ello, los caminos que conducen a la explicación de su idea de España son variados y complejos. Como norma general, hemos escogido el discurso bio-bibliográfico. En la intersección entre su vida (experiencia) y su obra (pensamiento), se encuentra su particular «idea de España».

En una elogiosa reseña de *Las nacionalidades españolas*, de Luis Carretero y Nieva, Madariaga escribía:

“Sus opiniones sobre España se asientan sobre una base doble, que no suele darse en los escritores: un sólido estudio de la historia universal; y una experiencia personal concreta y vivida” (Madariaga, *General, márchese usted* 58).

Lo mismo se podría decir del coruñés, que asentó sobre las bases del conocimiento sobre España en el estudio histórico y la vivencia del país. El estudio de la historia de España se encuentra en sus libros históricos y ensayos. En ellos se aprecia la consideración positiva o negativa de ciertos episodios fundamentales, que dividen tradicionalmente a la historiografía entre liberal y conservadora. En los capítulos siguientes, se verá con más detenimiento su labor historiográfica.

La vivencia del país también tiene importancia, especialmente si se tiene en cuenta que Madariaga, miembro de la generación del 14, bebió del pensamiento y lenguaje orteguiano, esencialmente vitalista. En las *Memorias de un federalista*, por ejemplo, se nos relata la experiencia del viaje por la península y cómo la lectura de Unamuno le ayudó a profundizar en el ser nacional:

Santiago de Navascués

“Lo que mis viajes por España habían sido para mí vivencia externa de la pluralidad de la tierra y del pueblo de España lo fueron mis lecturas de Unamuno para la vivencia interna de la pluralidad de su espíritu” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 32).

Esta reflexión estuvo muy probablemente influenciada por el libro *Por tierras de Portugal y España*, editado en 1911, en el que Unamuno contaba su experiencia —en clave poética— del viaje por su patria. Para Madariaga, Unamuno encarnaba el ser español más integral de su época, el más abierto a todas las formas hispanas. Fue él, más que Ortega y Gasset, con el que coincidía generacionalmente, quien dejó una huella más profunda en el coruñés. La influencia del escritor vasco en nuestro autor era tan grande que, muchos años después de su muerte (a la que dedicaría un extenso poema elegíaco), afirmaba: “Unamuno no sólo fue uno de mis maestros cuando yo era joven, sino que nunca ha dejado de considerarle como uno de los mayores genios de la cultura española” (VV.AA. 357).

Gracias a él, Madariaga había vivido un “ensanchamiento de su hispanismo” que comprendía la riqueza de la pluralidad de pueblos peninsulares. Un ejemplo de ello se encuentra en sus tesis sobre «las Españas», en las que seguía a Unamuno, que consideraba que “lo vasco es la raíz y el tronco de lo español” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 32). A Madariaga, los movimientos nacionalistas vascos le parecían naturales, pues son puramente españoles y se dejan llevar por uno de los grandes instintos del país: el separatismo. Sin embargo, el patriotismo ha de llevar al individuo a someterse a designios más altos, a salir de su propio yo para sentirse ciudadano del mundo, para servir a una gran patria. En palabras de Unamuno:

“Santo y bueno y grande es el patriotismo, pero es cuando lleva finalidad humana, cuando la patria se forja una misión «ad extra», algo que no sea conservarse y enriquecerse, cuando es patria altruista. Para reconstituir a España y hacer verdadero patriotismo en ella, es preciso que nos contestemos a esta pregunta: ¿Qué fin ha de proponerse cumplir España en los destinos universales del linaje humano?” (Unamuno 103).

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

Como veremos más adelante, este dualismo entre el destino universal y el destino individual se contrapone también en el «carácter nacional» que Madariaga atribuye a los españoles. El futuro para el país depende de la búsqueda de una misión altruista, de un proyecto común que cumpla con lo que Unamuno llama “destinos universales”. El “sentimiento” patriótico se ha de extender, creciendo con la comprensión de otros pueblos y destinos. Madariaga comparte casi punto por punto esta visión, pues en el apéndice de la primera edición de *España: ensayo de historia contemporánea*, se lee:

“Hasta cierto punto, el porvenir de España depende del porvenir de las ideas universales. ¿Vamos a seguir en la fase económica actual de la Historia? ¿Vamos a superarla elevándonos a formas más altas de vida? España será un país totalmente distinto según la respuesta que el tiempo reserva a estas preguntas” (Madariaga, *España* 219).

2.2. ESPAÑA COMO POTENCIA

Madariaga examina la cuestión española desde sus aspectos más generales —como potencia en la política mundial, en Europa, en la Sociedad de Naciones, etc.— hasta la anécdota y la descripción de los caracteres de cada individuo. España, como nación, tiene un gran valor en la historia de Europa. A pesar de su precaria economía y los problemas de desarrollo en el siglo XX, afirma que el país es un agente trascendental de la historia europea y universal:

“Moral y espiritualmente, España es una gran potencia, es decir, una potencia de intereses universales —a no ser que se consideren más importantes el petróleo y el carbón que la civilización y la lengua” (Madariaga, *España* 297).

Con esta afirmación se criticaba, entre otras cosas, la actitud imperialista de los Estados Unidos. España sería lo opuesto al materialismo estadounidense, por su esencia fundamentalmente moral y espiritual. Un rasgo característico de Madariaga se observa en la escasa relación de su pensamiento liberal con la economía. En una conocida afirmación, relataba: “como liberal que soy, doy importancia mínima a lo económico, la mediana a lo político y la máxima a lo humano” (Madariaga, *A la orilla*

del río de los sucesos 66). Al igual que otros intelectuales de su generación, dejaba a un lado los datos económicos y se centraba en las reacciones subjetivas, psicológicas.

No obstante, para el autor, el país adolecía en el siglo XX de unos problemas a los que no se les había dado solución desde hacía más de siglo y medio (recordemos que Madariaga es coetáneo de la generación del 98). El autor quería identificar las causas de este retraso para poder solucionarlo. Su tesis era que España, por más que se insistiera desde el extranjero, no era esencialmente distinta del resto de naciones:

“Es cómodo atribuir tal resistencia a lo que suele llamarse el atraso de España. la explicación satisface al extranjero en su vanidad y al nacional en su pereza. Pero se trata de algo mucho más complejo. Cuando las ideas de Rousseau-Voltaire-Godwin-Franklin se esparcieron por Europa, España había dejado atrás toda una era de experiencia imperial, rica en pensamiento político” (Madariaga, *España* 103).

La idea de la excepcionalidad de España forma parte de una leyenda formada por el resto de naciones. Desde Europa se veía al país como un lugar fantástico, que no se rige por reglas que se aplican en otros países. Parte de este prejuicio era, para Madariaga, culpa de la leyenda negra. Así era como, hasta en pleno siglo XX, se mantenía la idea de que España era diferente. Ése fue precisamente el lema que Manuel Fraga Iribarne, Ministro de Información y Turismo de Franco, utilizó en los años 60 con gran éxito para atraer a los turistas del extranjero: *Spain is different*. La excepcionalidad española, hasta hace poco tiempo, ha suscitado interesantes estudios históricos.

En un libro reciente, *¿Es España diferente?* (2010), Nigel Townson se preguntaba si realmente es cierto el mito de la excepcionalidad. El libro, constituido por varios capítulos sobre la historia de España en los siglos XIX y XX, estudia la relación entre el progreso español y la *norma* europea. Parte de la hipótesis de que los historiadores han reconocido tradicionalmente la inestabilidad política crónica, un retraso económico y tecnológico, una serie de desastres militares y, sobre todo, la pérdida del Imperio. Estos hechos produjeron en el país —más en concreto, en los intelectuales de la generación del 98— un sentimiento de inferioridad muy grande, una sensación

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

de que España era esencialmente diferente a otros países más desarrollados. Como observa Stanley Payne, el análisis de la España contemporánea ha girado en gran parte en torno al concepto de diferencia (Payne, *El régimen de Franco* 13). Ésta era la visión que Salvador de Madariaga, que observaba la reacción europea desde un lugar privilegiado, tenía con respecto a la imagen exterior del país.

Pero, ¿es España realmente diferente? Probablemente, esa pregunta era aún más pertinente en un tiempo en el que España se había enfrentado en una sangrienta guerra civil durante época de entreguerras, que se siguió desde Europa con gran interés. Madariaga se vio en la necesidad de explicar al mundo europeo la esencia del problema español con la redacción del libro *España: ensayo de historia contemporánea*. En él se daban algunas claves de los problemas españoles de las últimas décadas. Con la escritura de los libros sobre la historia de América —desarrollo lógico de la apología nacional—, continuaba su explicación sobre el «ser de España» al mundo.

Su argumento fundamental era que el español es perfectamente europeo. Europa se distingue del resto del mundo por el predominio de las facultades del espíritu: la inteligencia y la voluntad. La historia demuestra que los españoles forman parte de ese mundo del espíritu, que el autor ilustra con ejemplos de la literatura universal. Sin embargo, España tiene ciertos matices. Para explicarlos, Madariaga se sirve de una teoría recurrente en sus libros. Ésta se podría formular como la “teoría de los movimientos horizontales y verticales”. Según ésta, en toda voluntad humana hay dos componentes principales:

“Una, que podríamos llamar «horizontal», actúa en las relaciones con otros hombres y con las instituciones, y entreteje las acciones colectivas; otra, que podríamos llamar «vertical», que aspira al cenit de la vida propia, universal y divina, y por su misma orientación tiende a rehuir lo colectivo y erguirse sobre lo permanente individual. (...) Casi todas las singularidades de lo español pueden deducirse de esta observación inicial” (Madariaga, *Presente y porvenir de Hispanoamérica* 27-28).

Dentro de esta teoría, el español tiende a dar una preferencia a lo vertical —el mundo del espíritu y las artes— frente a lo horizontal. Por ese fuerte impulso

espiritual, en muchas ocasiones, también sufre un déficit material, es decir, «horizontal».

Sin embargo, Madariaga no considera a España como esencialmente diferente de otras naciones. El problema de España se encuentra en una falta de adecuación a los tiempos modernos. Esto se explica atendiendo al desarrollo de su historia, a grandes rasgos. El Siglo de Oro español, que había sido glorioso pero agotador, había dejado un país exhausto cuya mirada se dirigía siempre hacia el pasado. Más adelante, las nuevas ideas universales de la Revolución Francesa no parecieron convencer la mente ni el temperamento del español. El siglo XIX había sido una larga pugna por establecer los principios del liberalismo que ya imperaba en Europa. El problema, como se puede observar, era un retraso en la adaptación de la «psicología nacional» a las condiciones del mundo moderno.

Por eso, concluye, la «psicología nacional», es decir, la mentalidad de los españoles y su forma de actuar, es la raíz de los males de España. En el español prima, por naturaleza, un instinto que lo lleva al individualismo. De este rasgo se derivan el resto de sus tendencias. Por ejemplo, el patriotismo español consiste en la apropiación del país por parte del individuo. El español “siente el patriotismo como el amor, en forma de pasión que absorbe el objeto (la patria, la amada), y lo asimila, es decir, lo hace suyo. No pertenece al país: es el país el que le pertenece” (Madariaga, *España* 28). Por el contrario, los franceses y alemanes realizan el acto contrario: se someten a la patria, a la que obedecen.

Madariaga se sirve de los ejemplos de Hamlet y el Quijote, en los que se contraponen el exceso de lo social sobre lo individual, y viceversa. Mientras que Hamlet sufre por ser el centro mismo de la sociedad, don Quijote, por el contrario, vive en el desierto de la Mancha (a la vez real y metafórico), en la pura libertad individual. Así se explica que el patriotismo español, que es una mera manifestación de la conciencia de grupo, sea tan débil. Tenemos algunos ejemplos de los rasgos propios del carácter español en uno de los últimos libros publicados por el autor, *Cosas y gentes* (1979):

1. Predominio de la persona sobre la cosa. Como consecuencia, hay una inclinación al caudillaje.

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

2. Originalidad del individuo, sin importar origen social o educación, que tiende a resaltar su singularidad. Una consecuencia es, por ejemplo, la calidad del arte popular.
3. Espíritu de invención, de genio más que talento. En consecuencia, hay más arte que ciencia.
4. Indisciplina social, debido a la marcada preferencia por el poder en detrimento de la justicia.
5. Por último, el «yoísmo», que reúne todas las cualidades del carácter español y es el secreto de todos los éxitos y fracasos (Madariaga, *Cosas y gentes II* 92-93).

Es el egoísmo español —o egotismo, como precisa en ocasiones el autor— lo que produce, en el plano político y social, anomalías que lo alejan de los europeos. Por su instinto anti-cooperativo, el español refuerza una “tendencia a morar en uno u otro de los dos polos de su psicología —el hombre, el universo—, dejando en barbecho las zonas medias, en las que precisamente se hallan y viven las colectividades social y política. Estas zonas medias son las que, naturalmente, gobiernan los principios éticos y políticos” (Madariaga, *España* 28-29). Los extremos propios del español —el individuo y el universo— debilitan, por tanto, al país en su conjunto. Cuando vence el extremo individual, el individuo tiende a absorber a la nación y no dejarse absorber por ella. Cuando vence el extremo universal, se ensanchan sus perspectivas más allá de las fronteras de España y se piensa no sólo como español, sino como ciudadano del mundo. Es “esta oscilación entre los dos extremos, el hombre y el universo, el ritmo que domina la historia de España” (Madariaga, *España* 28-29). Para Unamuno y Madariaga, el destino de nacional, que es universalista, exigía de cada español una resolución por el “extremo universal” de la historia.

Como veremos más adelante, del dualismo entre el individuo y el universo se derivan las dos grandes tendencias de la historia española: la dictadura y el separatismo. En sus escritos más pesimistas, Madariaga comparaba la anarquía individualista del ser español con su héroe más universal: Don Quijote de la Mancha, uno de los símbolos más representativos del alma española:

Santiago de Navascués

“Don Quijote, que de tantas maneras simboliza el alma española, la simboliza más hondamente. Por exceso de yo y defecto de ser social, el español tiende al desierto, al nihilismo arenoso, ya pasivo, que se manifiesta en esterilidad social, ya activo, que van a dar a la destrucción. Las guerras civiles periódicas de España resultan, pues, ser racionalizaciones políticas de accesos de pura destrucción, erupciones de volcánica protesta del yo español contra el ser social y sus creaciones. Y de aquí el “¡Viva la Muerte!” de los fascistas y el “¡Viva la dinamita!” de los mineros asturianos” (Madariaga, *España* 757).

Uno podría preguntarse si esta visión de los españoles no es excesivamente pesimista. El Madariaga políglota, europeísta, viajero y quijotesco no era, contra lo que pueda pensarse, determinista. Una de las causas por las que más luchó, *contra mundum*, como Don Quijote, fue la causa de la libertad. La libertad, que, como veremos más adelante, era el *quid* de la cuestión en el desarrollo del país, el valor que él consideraba superior. La libertad del ser humano le permite crecer “en vertical” y no sólo “en horizontal”, es decir, como un rebaño. Aunque, como dice Ortega en *La rebelión de las masas* (Ortega y Gasset 125), en la época contemporánea prima la cantidad sobre la calidad, el porvenir humano siempre dependerá del porvenir de la libertad. Como europeos, los españoles son ávidos buscadores de la libertad. Por eso, para Madariaga, el espíritu del hombre seguirá tendiendo al cielo:

“En último término, la vida de la nación es la resultante de las dos fuerzas: la tradición, que transfiere en horizontal el espíritu de las generaciones pasadas a las futuras; y el poder creador de la generación presente, manando verticalmente del fondo del cauce” (Madariaga, *Retrato de un hombre de pie* 80).

3. ESPAÑA DESDE EUROPA

“Salvador de Madariaga había aprendido a amar España fuera de España. Es en la ausencia donde nos damos cuenta del lugar que la presencia ocupaba en nuestra vida”

(Ramón J. Sender¹)

De manera esquemática se puede afirmar que, hasta la República de 1931, Madariaga siente su españolismo desde la perspectiva de contraste con los distintos medios nacionales en que vive: Francia e Inglaterra. Efectivamente, cuando el autor cumplía cuarenta años, en 1926, había vivido más años fuera del país que dentro de él. Con tan sólo catorce años, en 1900, partió para estudiar en el Colège Chaptal de París. Después, entró en la *École polytechnique* y la *École nationale supérieure des mines* de París, de la que se graduó en 1911. Desde entonces, su residencia cambió de Francia a Inglaterra, con excepción de un breve periodo de trabajo en la Compañía de Ferrocarriles en España. Aquellos cambios de residencia desde su primera juventud fueron una constante en su vida. Cabe preguntarse, por tanto, si Madariaga pudo sentirse verdaderamente español teniendo en cuenta que, como confesaba en una carta a Norman P. Sacks, “el tiempo que he vivido fuera de España es mayor que el que he vivido dentro del país”². Quizás por eso, uno de sus mayores críticos, Herbert P. Southworth, acusa a Madariaga de falta de españolidad: “la españolidad de Madariaga, de hecho, consistía en gran parte en su partida de nacimiento y su pasaporte” (Southworth, *El lavado de cerebro de Francisco Franco* 119). Sacks, por el contrario, defendía que lo que hacía único a Madariaga era el hecho de que, a pesar de ser un “ciudadano del mundo”, había seguido siendo esencialmente español:

“the uniqueness of Salvador de Madariaga lies in the fact that this self-styled citizen of the world has remained essentially a Spaniard” (Sacks 942).

¹ “Salvador de Madariaga hallado en los debates del mundo”. París: Congreso por la Libertad de la Cultura, noviembre—diciembre, 1956, p. 35.

² “*My length of residence outside Spain exceeds that of my residence in Spain*”, carta a Norman P. Sacks el 17 de julio de 1974.

El propio Madariaga defendió su españolidad en varias ocasiones. Su libro más apologético es, en este sentido, *Memorias de un federalista*, en el que hace un repaso de la “historia de sus ideas” sobre el presente y el porvenir de España. En los primeros capítulos describe cómo fue su relación con su tierra natal y la experiencia del bachillerato en Francia, pues, antes de salir al extranjero, no era consciente de su propia identidad. Paradójicamente, la experiencia patriótica de Madariaga quedó reforzada con el viaje al extranjero, que le proporcionó una visión única de su nación:

“No conocía la historia de España. Ristras de nombres, rosarios de batallas, colgaban en los clavos de mi memoria; pero ni los hechos esenciales ni las actitudes de fondo que los explican habían comparecido jamás ante mi atención. En París, aún orientado como lo fui desde un principio hacia las ciencias, aprendí por obligación y leí por afición mucha historia. Entonces empecé a ver a España desde fuera, perspectiva que completa la visión desde dentro y la fecunda” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 24).

Lo que aparentemente podría dificultar la percepción del país es, sin embargo, un enriquecimiento. Esta visión internacional le permitía hacer comparaciones entre las naciones en las que habitaba y, a la vez, estudiar a España desde fuera. Muchos años más tarde, en la contestación del discurso de aceptación del cargo en la Real Academia, Julián Marías destacaba este rasgo “universalista” de Madariaga:

“Su españolía ha ido intensificándose, acendrándose, al mirar a España desde todas partes, desde tantas lejanías, en todos los escorzos posibles. Las trivialidades de la vida cotidiana, las anécdotas insignificantes, las irritaciones y fricciones que son el pan nuestro de cada día, no lo han distraído de la contemplación entrañable de la realidad íntegra de España” (Madariaga, *De la belleza en la ciencia* 24)

Sin embargo, su españolismo, en esta primera época, es casi puramente intelectual, pues se interesa por los países desde el punto de vista de los caracteres, las historias, el lenguaje, la estructura social, etc. Su experiencia de España no es, en todo caso, vital. No será hasta la proclamación de la República cuando Madariaga abandone lo que Eduardo García de Enterría denomina un “juego mental” sobre las naciones y

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

pase a defender un patriotismo trágico, comprometido con la realidad del país. Pero no adelantemos acontecimientos. Cuando, en 1923, se publica *The Genius of Spain and other Essays on Spanish Contemporary Literature* (publicado en español como *Semblanzas literarias contemporáneas*), el autor todavía preconiza una primera definición de España y el ser español. En este libro ponía de relieve el valor de la literatura como expresión del espíritu nacional. Cinco años después, *Ingleses, franceses y españoles* desarrolla plenamente esa noción de españolidad desde una visión comparativa de varias psicologías nacionales.

3.1. INGLESES, FRANCESES Y ESPAÑOLES

A finales de los años veinte, Madariaga escribe *Ingleses, franceses y españoles* (1928), un libro de psicología comparada en el que muestra los rasgos psicológicos predominantes en cada país. En el momento de la escritura del libro, el autor ocupaba el puesto de director de la Sección del Desarme de la Sociedad de Naciones. Durante aquel periodo, Madariaga advirtió la necesidad de comprender los factores primordiales del carácter de cada individuo, especialmente las psicologías de clase, de profesión y de región. Firmemente defensor de la existencia de un carácter nacional, de la nación como hecho psicológico, atribuye a cada una ciertos rasgos diferenciadores (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 11-13). Ésta es la base de su pensamiento sobre la nación, en el que se mantiene constante hasta los últimos años de su vida.

En el prólogo del libro, el autor advierte que es consciente de que el libro es un ensayo sin base científica en el sentido estricto de la palabra. Se fundamenta, más bien, en un conocimiento de primera mano y en la intuición. El método utilizado es el del *testigo vivo*, cuyo interés reside en considerarlo como “un reactivo sumergido sucesivamente en varios ambientes nacionales a fin de que registre sus propias reacciones” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 19). Este método, inevitablemente, lleva consigo un error de percepción personal que no se pretende ocultar. El valor del libro reside más bien en la personal interpretación de los hechos que ofrece el autor. Dicha interpretación se basa, principalmente, en una intuición, en la observación directa, vital, de la vida de una nación. Por eso, el autor afirma que “para

percibir el carácter nacional no se generaliza, se intuye” (Madariaga, *Cosas y gentes II* 87).

El procedimiento que seguirá es, por tanto, el contraste y la comparación intuitiva de las diferencias entre los países. Esta visión comparativa recuerda, a grandes rasgos, a la percepción de otros grandes intelectuales sobre la evolución de las naciones modernas. Un autor que, de manera análoga y en otro contexto distinto, estudia las ideas generales sobre la nación, es el francés Alexis de Tocqueville. En el conocido libro *La democracia en América*, hace abundantes referencias a las distintas tendencias de los pueblos europeos en comparación con la nueva sociedad democrática, los americanos. Aunque Madariaga no hace referencia explícita a Tocqueville en su libro, las consideraciones acerca de los ingleses y franceses coinciden en varias ocasiones. Tocqueville, por ejemplo, señala cómo los americanos muestran menos inclinación que los franceses por las ideas generales: “los ingleses muestran una aptitud y un amor mucho menores por la generalización de las ideas que sus descendientes, los americanos, y sobre todo que sus vecinos los franceses” (Tocqueville 20). Esta observación, como las que hace Madariaga en su libro, proviene del examen paciente de las instituciones, la religión, la literatura y la filosofía de las naciones.

El punto de partida de *Ingleses, franceses y españoles* es la observación de los tres pueblos, de los cuales se extraen algunas actitudes instintivas. En la primera parte de la obra, la parte teórica, se desarrollan las hipótesis del peculiar carácter de cada nación. En la segunda se justifican estos caracteres nacionales a través de la ejemplificación con hechos concretos de la historia de los pueblos. Esta parte es la que más interés tiene para el estudio, puesto que en ella se hace ya una revisión de la historia, la cultura y la sociedad españolas.

La hipótesis de trabajo para la primera parte es la siguiente: cada pueblo tiene unas tendencias dominantes que, a su vez, pueden encontrarse en distintos estados. Las tendencias y los estados son tres: acción, pensamiento y pasión. Del cruce entre las tendencias con los estados se extraen nueve casos previstos (ver cuadro 1). En cada caso, se estudia el comportamiento de la tendencia espontánea del pueblo con los distintos estados en los que se puede encontrar.

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

	TENDENCIAS PREDOMINANTES QUE DETERMINAN EL ELEMENTO ACTIVO			
ESTADOS RESULTANTES		<i>Acción</i>	<i>Pensamiento</i>	<i>Pasión</i>
	<i>Acción</i>	La acción en el hombre de acción	La acción en el hombre de pensamiento	La acción en el hombre de pasión
	<i>Pensamiento</i>	El pensamiento en el hombre de acción	El pensamiento en el hombre de pensamiento	El pensamiento en el hombre de pasión
	<i>Pasión</i>	La pasión en el hombre de acción	La pasión en el hombre de pensamiento	La pasión en el hombre de pasión

A cada característica le corresponde una determinada psicología colectiva. El hombre de *acción* es el inglés, cuya máxima preocupación es encontrarse siempre “por entero a disposición de su propia voluntad en el momento en que ésta ha de actuar sobre la naturaleza” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 35). Así, el *self-control* es el método instintivo que el inglés adopta al enfrentarse con la realidad. De esta tendencia proceden, por ejemplo, el empirismo (fundada en la mezcla continua del pensamiento con la acción) y el utilitarismo (opuesto a la reflexión teórica).

Por su parte, la psicología del francés se manifiesta en la tendencia al *pensamiento*, que se manifiesta en la exigencia de claridad y precisión. En materia política, pueden

compararse estos dos modos de entender la vida pública con dos términos propios de la política de cada país: el *fairplay* inglés y *le droit* francés. Mientras que la política inglesa se concibe en términos de relaciones de juego, equipos y acción pura, la francesa está dominada por *le droit*, “una línea geométrica que, en el mapa intelectual, define las fronteras de la libertad de cada cual” (*Madariaga, Ingleses, franceses, españoles* 25).

Madariaga traza los rasgos principales de estos dos pueblos de forma muy similar a Tocqueville. Éste, en su caracterización de los ingleses, fija como rasgo dominante el rechazo de las ideas generales, que tanto interesan a los franceses: “diríase que en los ingleses el espíritu humano no se aparta sino con pesar y dolor de la contemplación de los hechos particulares para remontarse hasta sus causas, y que generaliza contra sus deseos” (Tocqueville 18). El inglés, por tanto, es menos especulativo que el francés y más dado a la actuación que al pensamiento. Por su parte, los franceses son, al igual que como describe Madariaga, más proclives al pensamiento abstracto y la generalización: “parece, al contrario, que entre nosotros los franceses, el gusto por las ideas generales ha llegado a ser una pasión desenfrenada, que es necesario satisfacer a cada paso” (Tocqueville 26).

Sin embargo, Tocqueville no llegó a escribir sobre los rasgos propios del español. Madariaga lo caracterizó como el hombre de *pasión*. Lo propio de éste es el *honor*, que consiste en alzar al individuo por cima de toda ley exterior. Ésta es una ley subjetiva, el imperativo que todo hombre lleva en sí. En la acción, esta pasión se manifiesta en el individualismo (pues cada uno es para sí su propia ley y criterio), el humanismo (como generalización del individuo, que se ve a sí mismo en los demás hombres) y el amoralismo, consecuencia de lo anterior. Con este último término, el autor hace referencia a la preferencia del español por el poder por encima de la justicia.

El español tiende a juzgar cosas y gentes con un criterio dramático. Éste lo constituye la imprevisión y la tendencia al desorden moral-social unida a su facilidad para las súbitas descargas de energía. Para Madariaga, España es el país por excelencia de las hazañas personales, por oposición a las empresas colectivas de gran empeño: “Cromwell es Inglaterra; pero Hernán Cortés es Hernán Cortés” (*Madariaga, Ingleses, franceses, españoles* 71). Cromwell se subordina a la causa inglesa,

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

mientras que Cortés es el único dueño de su vida y destino. Con este mismo criterio se juzgará años más tarde la actuación del conquistador.

Esta percepción del carácter español no es nueva en muchos sentidos. Eran muchos los autores que habían presentado al pueblo español como esencialmente individualista, como Modesto Lafuente en la *Historia General de España* o Rafael Altamira en la *Psicología del pueblo español*. El *Idearium* de Gavinet, por ejemplo, presentaba a España como opuesta a Europa por su ética estoica incompatible con los objetivos materialistas y por su enérgico individualismo. Ortega, por su parte, explicaba en *La España invertebrada* que la raíz del fracaso hispánico se encontraba en la insolidaridad, que desvertebra al país. Tal era la fama de este carácter que otro autor liberal exiliado, José Castillejo, rastreaba los orígenes del individualismo en una descripción del historiador romano Pompeyo Trogo (Castillejo 1-2). Madariaga sigue, a grandes rasgos, la caracterización que hacen todos estos autores del individualismo congénito que tiene el español.

La pasión española, en el ámbito del pensamiento, se revela como intuición. Mientras que el inglés piensa obrando, el español piensa hablando, pues en él, “el pensamiento nace en el momento mismo en el que se manifiesta” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 100). En una caracterización de los pueblos hispánicos, los compara con los árboles del bosque, pues cada cual

“se yergue sobre su propio terreno y se nutre de la tierra por sus raíces propias; no como otras naciones, que más parecen ríos en los que la tradición fluye suavemente de generación en generación. El español, por tanto, toma la vida desde abajo más que desde atrás, en su propio ser profundo más que en la tradición de los seres de antaño; de modo que en ideas y cultura todo español comienza desde el principio” (Madariaga, *De Colón a Bolívar* 229).

Esta falta de tradición, de arraigo en el pasado, explica que en España haya tan poca continuidad intergeneracional, por lo que cada literato, artista o músico sea un genio surgido de la nada. Aunque este rasgo hace que los hombres se destaquen como genios, en comparación con la tradición francesa —establecida sobre los círculos literarios, las academias y la tradición— es mucho más pobre. Como

consecuencia de sus deficiencias (falta de consciencia del propio pensamiento, debilidad en el sentido de la jerarquía intelectual, etc.) Madariaga afirma que lo característico es la “anarquía intelectual” del país. En la segunda parte formula con más precisión su pensamiento sobre el estado de la cultura española.

Por último, el español en su elemento, la pasión, se manifiesta con la *espontaneidad*. El hombre de pasión no es inactivo, sino que su acción no se deduce sistemáticamente del pensamiento. Al contrario que los franceses e ingleses, que defienden valores colectivos, lo propio del español es defender aquello que es individual y propio de cada uno. En otras palabras: la insolidaridad. Mientras que en el pueblo de acción se defiende al grupo contra las acciones contrarias a la solidaridad, en el pueblo de pasión se defiende al individuo contra el imperio de las pasiones gregarias. El español reacciona con “la espontaneidad y la integralidad de la pasión individual contra la presión de la actividad social” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 134). Por eso, Madariaga afirma que “el negocio más serio —el único serio— para el español es la *salvación de su alma*”. Este rasgo es, evidentemente, un motivo de crítica que subyace a lo largo del libro, especialmente en comparación con el resto de pueblos, cuya vida social y política se desenvuelve bajo los principios éticos (ingleses) o lógicos (franceses), mientras que el español obedece exclusivamente a su instinto personal.

La segunda parte del libro resulta para este trabajo mucho más significativa. La primera parte podía ser estudiada como un conjunto de tópicos más o menos acertados sobre la psicología del pueblo español. Pero en la segunda parte, se da razón de aquellos. La ciencia histórica, cuyas causas y consecuencias no son reducibles a leyes apriorísticas, reviste un interés mayor a la hora de analizar la posible psicología de una nación. Si la primera parte del libro puede verse como una hipótesis de “primera aproximación”, en la segunda se exponen los hechos con que se verifica la teoría. Para comprobar la hipótesis, se proponen dos leyes que señalarán la veracidad de sus tesis:

- a) Existirá en cada uno de los tres pueblos cierta propensión a especializarse en aquellas manifestaciones de la vida individual o colectiva en las que predomine el elemento en armonía con la tendencia maestra del tipo.

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

- b) Cada tipo sobresaldrá en aquel aspecto del hecho psicológico (concepción, formación, ejecución) que más armonice con su tendencia maestra.

Para ello, divide en siete los aspectos básicos de la vida de la nación: la estructura social, las minorías, la estructura política, la evolución histórica, el lenguaje, las artes y letras y el amor, el patriotismo y la religión. En el primer capítulo, estudia las diferencias entre las estructuras sociales de los tres países. La de España, sin duda, es la más particular. Opuesta a la aristocrática—orgánica inglesa y a la burguesa—mecánica francesa, se puede decir que en España existe un *sentido* que podría designarse como igualdad. Pero no se trata de una igualdad como la francesa. La igualdad, en este caso, es un ambiente, “una manera de vivir que regula inconscientemente las relaciones humanas sin que nadie preste atención consciente a su profunda influencia” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 163). La mediocridad y la envidia hacen que el esfuerzo individual no destaque por encima del resto debido a la falta de uniformidad de estas relaciones. Aunque no aparece explícitamente mencionado, el pensamiento de Unamuno sobre el mayor peligro de la sociedad española queda reflejado: “la envidia, íntima gangrena del alma española”. Más adelante, el propio Madariaga escribe: “ya sabemos que la envidia es el vicio específico del carácter español” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 269). Por eso, tan sólo la Iglesia y el Ejército dan una cierta cohesión superimpuesta al país, ya que son instituciones jerárquicas y bien organizadas. El único grupo realmente cohesivo es la familia, uno de los grupos unitarios más poderosos de la vida española. Es “la primera esfera colectiva que el individuo encuentra en su expansión hacia afuera a partir de su egocentrismo” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 169). Fomenta una solidaridad que permite dominar el individualismo español y lo obliga a elevarse por encima de su horizonte egotista. Por eso, concluye diciendo que “sin la familia, el egotismo español degeneraría fácilmente en egoísmo” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 170).

Las minorías ocupan la reflexión del siguiente capítulo. En España, las minorías se diferencian de los *leaders* ingleses y las *élites* francesas porque no pasan de ser un concepto numérico: son un pequeño número de gentes que han alcanzado un nivel mental dado. Como se afirmaba en la primera parte, lo que caracteriza la cultura

española es la “anarquía intelectual”. Los intelectuales no están unidos entre sí y reina la anarquía en el campo educativo. La atmósfera de cultura colectiva es excesivamente tenue en España. No existe, como en Francia o Inglaterra, una jerarquía o una organización, sino un número de unidades sueltas sin otra relación salvo quizá “un vago sentimiento común de aislamiento” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 182).

El tercer capítulo es una reflexión sobre la política española. En su origen, tiene varios paralelismos con la de Francia. Sin embargo, existen grandes diferencias en el desarrollo posterior. Mientras que los ingleses participan en política como “copropietarios del negocio” y los franceses como “creyentes de una secta intelectual”, los españoles son como “el lector de una novela por entregas o el espectador de una pieza de teatro”. La discusión política en Inglaterra se da sin apasionamiento, en relaciones pragmáticas de poder. Tal y como describía el poeta alemán Heinrich Heine en 1828: “rara vez los ingleses, en sus debates parlamentarios, expresan un principio. Se limitan a discutir la utilidad o inutilidad de una cosa, y a presentar datos a favor o en contra” (Judt 249). Por su parte, la política en Francia se basa en el debate intelectual por la verdad, en el que la pregunta de los principios es el fundamento de la discusión. La implicación es personal, vital. En España, donde el rasgo dominante es pasional, el criterio de atención a la política es “dramático”, como un espectador en una obra de teatro, que vocifera y se enfada si le disgusta, pero no se preocupa de darle una solución adecuada:

“En lo colectivo y, sobre todo, en lo político, el español tiende a juzgar los acontecimientos con criterio dramático, singularmente libre de toda consideración práctica y de toda preconcepción intelectual” (Madariaga, *España* 29).

Con ello se explica la aparición de protagonistas del drama de la vida pública como los caciques, que en un país dirigido por la mentalidad ético-política como Inglaterra habría sido impensable. Estas características, en general, actúan “contra el establecimiento de un sistema democrático de gobierno de bases duraderas y fuertes” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 200).

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

El capítulo cuarto contrasta la historia de los países en dos facetas distintas: el desarrollo imperial y la evolución nacional. El desarrollo imperial corresponde a la expansión de estos países fuera de sus fronteras, mientras que la evolución nacional alude a los avances de la situación política interna. El desarrollo imperial, exterior, comienza con el auge del Imperio español, al que le siguen el francés y el inglés. En la descripción del Imperio, Madariaga considera la conquista del Nuevo Mundo como el hecho fundamental de los siglos pasados y hace un breve esbozo del trabajo historiográfico que ha de hacerse en un futuro y cuáles han de ser los criterios. Más adelante en este trabajo, examinaremos los frutos de este interés por las Indias.

La evolución nacional, interna, tiene otras características. Mientras que en Francia se produce una convergencia nacional sobre París, en España, Castilla es la que trata de unificar la península. Esta unificación no es de tipo centralista y organizativa sino más bien una unión espiritual, en la que lo político y lo económico son secundarios. El centralismo borbónico, político, no casa con los deseos y las expectativas españolas. La única forma en la que se ha conseguido unificar la vida nacional española ha sido a través de una institución jerárquica y espiritual: la Iglesia católica. En el último capítulo, que trata sobre la organización del Estado, se estudiarán las tesis sobre el federalismo y la división administrativa.

El lenguaje ocupa la discusión en el capítulo quinto. La tesis que Madariaga defiende en esta sección es que “las lenguas vivas son la expresión más directa del carácter nacional” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 222). Con ellas se relata el mundo que nos rodea, la forma en que se describen cosas y emociones, las ideas que uno se forma de ellas. Guiado por el criterio según el cual la gramática es una filosofía, caracteriza el inglés, francés y español como formas del sentir y el pensar de los pueblos. Poéticamente, se refiere a la lengua española como aquella de entre las tres que exige más plenitud y franqueza, en la que se exige más al hablante hasta físicamente. El español es la lengua propia del pueblo:

“Sus palabras no son, como los monosílabos ingleses, rápidas imágenes de los actos; ni, como los claros polisílabos franceses, gráficos en blanco y negro de sus originales latinos. Son los objetos mismos con toda su masa y volumen y color plantados ante nosotros” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 238).

No es mi propósito considerar los rasgos lingüísticos con que el autor describe cada nación. Madariaga no utiliza un método de análisis crítico definido, sino que se guía por criterios personales de observación. A pesar de la evidente falta de rigor intelectual y precisión metodológica, el caso ejemplifica cómo el autor considera que el español refleja ese carácter “popular” de los españoles.

El capítulo seis, *Artes y letras*, examina el sentimiento estético. De las tres naciones, aquella en la que más naturalmente —o pasionalmente, según se ha visto— se da la actitud estética es en España. El arte popular español es excepcionalmente abundante y rico, y tiene una gran influencia sobre la vida corriente. Éste tiene varias características únicas: su intraducibilidad, su índole individualista y nacional, su espontaneidad... No se puede traducir por cuanto “el arte español es sobre todo español; pudiera decirse que es más español que arte” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 247). Tras un análisis comparativo de los grandes maestros de la pintura y la literatura españolas, extrae algunas conclusiones sobre la naturaleza individualista de los artistas. Mientras que en Francia o Inglaterra se forman academias, círculos de producción artística y escuelas, el arte español comienza desde el principio en cada individuo por falta de tradición. El arte español es, por tanto, “una sección transversal en la naturaleza humana, que pone al descubierto todas y cada una de las capas que la constituyen, desde la superficie hasta las profundidades más íntimas” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 252). La ausencia de grupos artísticos o literarios y la falta de continuidad en la tradición son argumentos a favor de esta postura.

Conocer estos rasgos del pueblo español no es, para Madariaga, un puro juego de inteligencia. Años más tarde, vuelve a reiterar en otros libros cómo el carácter nacional existe y es necesario para comprender los problemas del país: “no se trata de mera polémica intelectual o académica. Se trata de que, si no nos damos cuenta de nuestras limitaciones nacionales, no podremos corregirlas” (Madariaga, *Cosas y gentes II* 92). El carácter nacional es la base del pensamiento nacional: conociéndolo, el autor es capaz de predecir, analizar y juzgar el comportamiento de los españoles.

3.2. EL CULTO NACIONAL

El último capítulo del libro es de nuestro interés por la caracterización que hace del patriotismo, el amor al país natal. Como se ha visto anteriormente, en España, “la pasión patriótica tiende a someter la patria al individuo y no el individuo a la patria” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 275). Esto quiere decir que la patria pasa a formar parte del mundo pasional del individuo, que establece una relación de posesión. En comparación con otros países, el patriotismo es más ineficaz que en otros países por su ineficacia en la esfera de la acción. La tendencia individual y pasional del patriotismo español explica también que para un español sea más fácil morir que vivir por su patria. Existe, sin embargo, una ventaja de este patriotismo subjetivo: que no se exige una abnegación que lleva a los patriotas de otros países “a pecar contra las leyes humanas en pro de lo que creen el interés de su patria” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 275). Ésta afirmación es especialmente significativa en una época en la que los totalitarismos engendraban grandes injusticias por la cuestión nacional. Por eso, una de las conclusiones del libro, quizás la más pesimista, es la aparición de un progresivo culto a la nación:

“Vivimos dominados por el culto de lo nacional. La idea de la nacionalidad, nacida en tiempos relativamente recientes, ha arraigado profundamente en los pueblos humanos, haciéndose casi una religión, con toda la fuerza para elevar las almas humanas al sacrificio, mas también con todas las tendencias a la beatería, a la intransigencia y aún a la crueldad que manifiestan en el pasado las religiones dogmáticas (...) Por este camino la nación se va transformando poco a poco en una divinidad irresponsable. El amor inteligente y crítico de antaño va considerándose cada vez más insuficiente. Se va exigiendo una abnegación absoluta, la sumisión de la voluntad y el cerebro ante el altar de la nación. Puede ser que las cosas no hayan llegado todavía tan lejos, pero no cabe duda de que se mueven en este sentido, y rápidamente” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 289).

Se describe a continuación el proceso de creación de los grandes “dioses nacionales”. El autor explica cómo las naciones, nacidas vagamente en la Edad Media, han llegado a su crisis explosiva con la Gran Guerra. Los individuos son

juzgados colectivamente y las naciones se empeñan en extender su poder más allá de las fronteras nacionales. Así, la humanidad camina por un camino que ha escogido libremente, pero que puede terminar en la esclavitud. Las naciones se hacen la guerra unas a otras y las grandes devoran a las pequeñas. El peligro es evidente. Apenas dos lustros más tarde de la escritura de este libro, Alemania entraría en una espiral de deificación nacional que, en último extremo, llevaría a repetir una Guerra Mundial. De nuevo, la distinción de Lukacs entre nacionalismo y patriotismo, y con el ejemplo de Hitler, es útil para comprender este fenómeno. El nacionalismo se convierte en una especie de rito religioso, con un culto personal al dictador:

“El patriotismo no es un sustituto para la fe religiosa, mientras que el nacionalismo a menudo sí lo es; puede llenar las necesidades emocionales —y espirituales, al menos de modo superficial— de la gente” (Lukacs 112)

Puede parecer paradójico, por tanto, que el propósito de *Ingleses, franceses y españoles* sea dar una definición exacta de los caracteres nacionales de Inglaterra, Francia y España. No obstante, el autor no pretende encuadrar en unas características inmutables a los países. Se observa más bien un cierto juego mental, erudito, con la realidad nacional. La conclusión del libro es esclarecedora. Según Madariaga, el objetivo de las naciones es tener una “colectividad bien organizada” según un determinado criterio. Éste, a su vez, es considerado el único válido, por lo que se enfrenta como tal al resto de nacionalidades. El autor se pregunta qué pasaría si, finalmente, se consiguiera el triunfo de una nación sobre el resto. La respuesta es clara: el empobrecimiento del mundo sería notable. La desaparición de unos países absorbidos por otros en el seno de las guerras europeas produce un vacío cultural.

La conclusión es que no existe un criterio exacto para la formación de una “colectividad bien organizada”. Ésta sólo depende de la evolución histórica que los pueblos han elegido libremente. Nadie puede ofrecer un criterio superior de organización. El fin último de la organización nacional, como sociedad, es el cultivo del alma individual:

“Aunque pudiese hallarse un criterio común de buena organización, ¿no es erróneo considerar la colectividad como un bien en sí? La colectividad puede

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

considerarse, a lo sumo, como un fin inmediato, mas no como un fin último.

No hay otro fin último que el individuo” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 297).

Las naciones son más ricas cuanto más variados son sus caracteres nacionales, que alimentan la riqueza espiritual de cada individuo. Mientras que en aquella época la tendencia nacional tendía a subrayar las diferencias nacionales como características superiores o inferiores del «Volkgeist», Madariaga señala las virtudes y defectos de cada nación como una riqueza que no tiene medida, única. Su lectura es la de un liberal clásico, que veía con temor el crecimiento de los nuevos movimientos de masas (desde el obrerismo-comunismo hasta el fascismo) y la exaltación del Estado a un estado casi religioso. La pugna entre libertad, igualdad y orden social fueron algunos de los temas de sus ensayos más influyentes, como *Anarquía y Jerarquía* o *Democracy versus liberty*. En dichos ensayos, el autor planteaba un sistema político denominado «democracia orgánica unánime», en el que el Estado, por ejemplo, podría reprimir las huelgas o sindicatos e incluso restringir el derecho a voto. No es el propósito de este trabajo examinar el pensamiento político del autor. En el capítulo siguiente, no obstante, se analizan algunas de las consecuencias que tuvieron sus escritos en la consideración del franquismo.

Al igual que Tocqueville en las conclusiones de *La democracia en América*, Madariaga pudo haber afirmado que “las naciones de nuestros días no pueden impedir la igualdad de condiciones en su seno; pero de ellas depende que la igualdad las lleve a la servidumbre o a la libertad, a la civilización o a la barbarie, a la prosperidad o a la miseria” (Tocqueville 280).

4. EL PROBLEMA DE ESPAÑA

La escritura de *España: ensayo de historia contemporánea* a principios de los años 30 supone un cambio en la actitud frente a su patria. El libro, escrito como una introducción general a la historia de España para no españoles (la primera edición, en 1931, se publicó en inglés), se fue convirtiendo con los años en un ensayo sobre el que el autor proyectaba sus inquietudes políticas y sociales. En las sucesivas ediciones se encuentra un emocionante “cuerpo a cuerpo” con los problemas concretos de la patria y la búsqueda de soluciones para los mismos (VV.AA. 410). Fueron trece las ediciones que tuvo el libro, entre 1931 y 1979, la última publicada póstumamente. En cada una de ellas, Madariaga añadía capítulos sobre la evolución histórico—política del país. Por norma general, para el análisis de esta obra, se ha utilizado la última edición (Espasa-Calpe, 1978), la más completa.

España se había escrito en el año 1929 en respuesta al encargo de una editorial inglesa, como parte de una colección de monografías de naciones contemporáneas. Madariaga, que no se sentía inclinado a este tipo de trabajos por la dificultad que entraña la escritura de la historia, aceptó a su pesar. Así explica su reticencia en el prólogo de la primera edición:

“La historia es de tan poca satisfacción para el hombre de ciencia como para el artista, aunque exige para su manejo armas de ambos arsenales. Ya en sí difícil, se multiplica su dificultad cuando se trata de exponer las cosas de España a un público, como el anglosajón, formado en una tradición amasada de prejuicios antiespañoles; y sube de punto por ser las cosas de España ten enrevesadas, que ni los mismos españoles las entienden” (Madariaga, *España* 1).

Sin embargo, este primer paso en la labor como historiador fue definitivo para la escritura del resto de sus libros. *España* se concibe como un intento de esclarecer la historia del país tanto para los lectores extranjeros como para los españoles. Su vocación no era puramente erudita, sino que pretendía influir sobre la percepción de la nación española en los lectores, implicarlos en la raíz de sus problemas y apuntar algunas soluciones.

Santiago de Navascués

Su punto de partida es, al igual que *Ingleses, franceses y españoles*, el «carácter nacional». Para el autor, el origen de los problemas de la España contemporánea es la adaptación frustrada de las instituciones españolas a los países dominantes de Europa:

“El problema de España queda definido en estas páginas como el de la adaptación de su psicología nacional a las condiciones del mundo moderno. Esta labor necesita paz y continuidad, pero también necesita libertad. Ahora bien, surge de este modo un problema práctico: que las instituciones encargadas de asegurar la paz no parecen capaces de respetar la libertad. De esta manera llegamos a una definición más concreta del problema de España: ¿cómo asegurar la libertad de su adaptación a las condiciones modernas contra los ataques de las instituciones?” (Madariaga, *España* 10).

Se observa en el propósito del libro una continuidad con los primeros libros sobre el carácter nacional. Para Madariaga, la única forma en la que el país puede progresar es *adaptar su psicología nacional* a los tiempos modernos. José Castillejo, otro gran liberal español, resumía los problemas del individualismo de forma parecida. Partiendo de la base de que el carácter español es esencialmente individualista, afirmaba que “toda la historia social y política del país es una continua lucha por ajustar y combinar de forma adecuada al carácter español aquellas cualidades raciales que parecen sobrevivir al paso del tiempo y desafiar a la educación y a la represión” (Castillejo 2).

En los años en los que se escribían las tres primeras ediciones del libro (1931-1942), Europa se encontró con una grave crisis del sistema liberal. Los acontecimientos de la guerra civil española y, más tarde, la segunda guerra mundial, demostraron que incluso los sistemas liberales más avanzados podían producir grandes atrocidades contra la población. Fueron estos años críticos para el liberalismo, al que autores como Madariaga habían defendido a ultranza. Por eso la evolución del libro, por momentos, pasa por fases de inevitable pesimismo. La tercera edición, publicada en 1943, comenzaba con un prólogo desesperanzado:

“A pesar de los profundos cambios acaecidos en sus destinos en estos últimos años, y de que las esperanzas cuyo florecer se anunciaba al publicarse la

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

primera edición de esta obra y daban fruto al aparecer la segunda, yacen ya corruptas entre el barro de una sangrienta experiencia cuando se prepara esta tercera”

No encontramos fuentes documentales ni bibliografía en ninguna edición. Esto se debe, en parte, a que Madariaga nunca fue un historiador profesional. Su método distaba mucho de ser profesional o riguroso. Tenía, sin embargo, un gran talento para la escritura y la comprensión histórica, y unos conocimientos enciclopédicos. Su valor reside en la capacidad de observación de la realidad social, política y literaria con una gran habilidad para el análisis y escritura histórica. Al escribir sus primeras obras históricas, se planteaba Madariaga los problemas de un género que consideraba especialmente complejo. Su punto de partida es que “las ideas e interpretaciones son mías; los hechos los he ido a buscar donde estaban” y confesaba que “no es posible relatar sucesos sin darles los gustos de nuestra paleta, claros, oscuros, grises, aguados, romos o mediocres” (VV.AA. 157). La objetividad, paradigma del que se han servido muchos historiadores para descalificar a aquellos que escribían desde su visión particular, nunca fue una de las metas de nuestro autor. Era consciente de que la transmisión del conocimiento histórico es indisociable de la escritura personal, de la re-creación que necesariamente ha de realizar el historiador. Su papel, por tanto, era tratar de retratar la realidad con la mayor fidelidad posible, como el artista que pinta el mundo en un lienzo.

Conocemos algunas de las fuentes que Madariaga utilizó para escribir España a través de la documentación de su archivo personal y el prólogo de la primera edición en castellano. En ésta menciona a varios autores que le sirven como guía: Rafael Altamira para la historia general, Fernando de los Ríos para el problema agrario, Joaquín Pellicena, Valls y Taberner y Francisco Cambó para el problema catalán, y Leopoldo Palacios para la cuestión obrera. Por otra parte, en su documentación personal se encuentran dos fuentes principales. La primera es una larga lista bibliográfica proporcionada por el *Spanish Refugee Aid* que el autor probablemente utilizó en la redacción. Por otra, abundantes periódicos, recortes de prensa, revistas y documentos oficiales del Estado sobre la situación de España durante el régimen de Franco.

España se divide en dos libros: el primero se compone de veintisiete capítulos sobre la historia de España hasta el año 1931 y el segundo añade nuevos capítulos en cada edición sobre la historia posterior a la proclamación de la II República. El primer libro, a su vez, se divide en tres secciones: la primera sobre geografía, sociedad e historia hasta 1900, la segunda sobre los elementos del reinado de Alfonso XIII, y la tercera, sobre los sucesos principales de su reinado hasta la República. El segundo libro consta de veinte capítulos que se fueron añadiendo desde la segunda edición de 1932. Este segundo libro se divide, a su vez, en cuatro partes: la República, la Guerra Civil, el periodo entre la Guerra Civil y la Guerra Mundial, y los años de la dictadura. Para el análisis de la obra se ha optado por seguir un esquema explicativo que divide, por una parte, los conceptos (historia, retos y problemas del país hasta 1931) y, por otra, los sucesos (acontecimientos que el autor relata a partir de la segunda edición en 1934).

4.1. LOS CONCEPTOS

4.1.1. *Tierra, pueblo, historia*

Los primeros capítulos de la obra son una descripción relativamente breve de la geografía, sociedad y los hechos fundamentales de la historia de España hasta finales del siglo XIX. Madariaga reconoce que estos capítulos no fueron incluidos en la primera edición española porque consideraba que la mayoría de lo que se dice es ampliamente conocido. Sin embargo, se añadieron en el resto de ediciones en español.

El libro comienza con una conocida metáfora de la Península: “el hecho esencial sobre la tierra española es su inaccesibilidad. España es un castillo” (Madariaga, *España* 15). El tono de esta primera intuición domina los primeros capítulos, en los que se exponen datos y hechos bien conocidos, pero con un sentido histórico-narrativo. A través de un lenguaje ensayístico-poético (propio del lenguaje orteguiano), el autor compone una geografía histórica y social de España en el que relaciona los hechos fundamentales de la historia española con un trasfondo psicológico y moral.

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

Así, de la inaccesibilidad y el particularismo geográfico de la península, se extrae una de las características esenciales del español: el individualismo. Para el español, el individuo es el criterio de todas las cosas, debido a un sentido de la igualdad que domina sobre todas las cosas. Esta individualidad es la que le convierte, consecuentemente, en un egoísta: “su persona es el canal por el que la corriente de la vida ha de pasar” (Madariaga, *España* 29). La pasión por los extremos, entre el hombre y el universo, dan razón de las tendencias propias de la vida política española: la dictadura y el separatismo. A pesar de la visión un tanto pesimista de los “pecados del español”, Madariaga concluye que “separatismo y dictadura son, no obstante, tan sólo pasiones del español, no su sentido (...) para mantenerse en el plan de buen sentido, necesita el español una pasión elevada bastante fuerte para alzarle por encima del nivel dispersivo al que le arrastra su ser separatista y dictatorial. Tal fue la fe que un día alcanzó en los siglos XVI y XVII, dando a España una fuerza y una unidad que no ha conocido desde entonces y quizá no vuelva a conocer jamás” (Madariaga, *España* 30). Dicha cohesión durante la época del Imperio se debió, como se extrae del texto, a la tendencia de los españoles hacia el extremo universal, a la unidad bajo una misma fe, un objetivo en común. Madariaga divide la historia moderna en dos periodos:

1. En la primera fase, auge y decadencia del Imperio de los Austrias (1492—1700)
2. La segunda fase, a su vez, se divide dos:
 - a. Restauración, nuevo auge y nueva decadencia de España como potencia mundial bajo la dinastía borbónica (1700—1800).
 - b. Restauración de la España moderna como nación (1800 hasta la fecha).

Las fechas, como la explicación, son propias de la corriente historiográfica de historia de las ideas y la cultura, similar al clásico *Historia de España y de la civilización española* de Rafael Altamira. La evidente simpatía para con el pasado imperial queda reflejada en la mayoría de las obras de Madariaga. Así, con unos versos introductorios de Dios y los españoles, expresaba: “un soldado aventurero/que tanta gloria endiosó/perdió el seso y el sendero/le quitaron el dinero/y así su vida

vivió/endiado y pordiosero”³. En el siguiente capítulo, sobre la faceta de historiador de Madariaga, nos ocuparemos de su visión del Imperio español en América, que es el otro gran objeto de interés de nuestro escritor. Como adelanto, el autor da en *España* unas pinceladas de lo que, más adelante, será una explicación del estado del Imperio español en América:

“Los hechos demuestran que, tanto en la teoría como en la práctica, España colonizó de modo muy superior a como lo hubieran hecho los demás Gobiernos contemporáneos. Si la Monarquía española se hubiese conformado con las ideas que prevalecían en aquel tiempo, habría reducido a la esclavitud legal y efectiva a todas las poblaciones indias y les habría aplicado los métodos más generales entonces corrientes con las clases artesanas, aún en la misma Europa. Pero la Corona estableció de derecho la libertad de los indios, y sólo permitió la esclavitud para con los caníbales y para con los indígenas que se resistieran por la fuerza a la evangelización. En la práctica, las cosas cayeron por bajo de este nivel” (Madariaga, *España* 47).

4.1.2. *El reinado de Alfonso XIII*

El siglo XIX había sido una larga prueba para el país. Las ideas de la Revolución Francesa arraigaban en ciertos sectores de la sociedad, pero las luchas partidistas y la incompreensión del liberalismo hicieron que, en muchas ocasiones, fracasaran las reformas. Sólo algunos grandes hombres fueron capaces de devolver la esperanza a la nación, como Galdós, que “hizo emerger a la conciencia española el verdadero siglo XIX desde un punto de vista puramente nacional, no de partido, ilustrando su historia como español sin prejuicios; iluminó con su luz universal el carácter de los españoles, a la par que fortificaba y clarificaba la conciencia de España en ellos” (Madariaga, *España* 88). Como si despertara de un largo sueño, España volvió a tomar conciencia de sí a finales del siglo XIX, con especial intensidad después del desastre del 98.

³ En Madariaga, *Dios y los españoles*, p. 23.

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

Madariaga interpreta el reinado de Alfonso XIII (1902—1931) como “el esfuerzo para hacer penetrar en la conciencia del pueblo español las lecciones del despertar intelectual y económico que se produce en España durante la segunda mitad del siglo XIX” (Madariaga, *España* 101). En este capítulo explica cómo funcionaba el sistema de la Restauración y cuáles eran los poderes e influencias del rey y los políticos.

El problema del rey Alfonso XIII era que pertenecía a una escuela española de pensamiento que no había aceptado el liberalismo ni la democracia. Este hecho, “tan poco agradable a los liberales españoles, que suelen reprimirlo dejándolo en cómodo olvido, es que las doctrinas de la democracia liberal no han conquistado sino una proporción modesta de la nación española, que comprende quizá la mayoría, mas no la totalidad de sus intelectuales” (Madariaga, *España* 103). Ante la ausencia de una filosofía política definida, el rey, “un político de primer orden, pero no un hombre de Estado”, se convirtió en un actor principal de la política nacional. Por desgracia, no era ni el hombre ni la filosofía que la situación demandaba. Su mayor defecto, como han señalado multitud de historiadores, fue la tendencia al poder personal. A ello, añade Madariaga una debilidad mayor: “un pesimismo tácito que le hace apoyarse en la fuerza (...) que estima que los hombres tienden tendencia natural a hacer lo que no les conviene, como no se lo impidan soldados y policías” (Madariaga, *España* 104). En consecuencia, tendía al autoritarismo y el control de políticos y partidos.

Los siguientes capítulos explican los grandes retos de la España de Alfonso XIII que fueron objeto de las grandes reformas durante la II República: la cuestión agraria, el clericalismo, la cuestión obrera y el ejército. En estos capítulos se mezcla una historia revisionista de las opiniones y datos sobre el tema con el planteamiento de soluciones prácticas. Un ejemplo es la cuestión agraria, que apenas ha tenido evolución en las últimas décadas, “uno de los hechos graves de la Historia de España”. El autor presenta un informe detallado sobre las hectáreas de tierras perdidas, la estadística comparativa con otros países y la raíz del problema. Después, analiza las posibles soluciones propuestas por los expertos en la materia. Siguiendo a varios técnicos en el asunto, concluye que una de las posibles soluciones es el retorno a la propiedad municipal de la tierra, combinada con una organización técnica y financiera más moderna.

4.1.3. Iglesia y Ejército

El clericalismo es uno de los problemas más graves. La religión católica es, indudablemente, uno de los elementos más importantes de la cultura y la civilización españolas. La historia del país demuestra que España es profunda y sinceramente religiosa:

“Lo que caracteriza al catolicismo en España no es el vigor de su fe, ni sus virtudes morales, ni su rigor en cumplir con los sacramentos y mandamientos de la Iglesia —en ninguna de cuyas manifestaciones de religiosidad es el español aventajado—; lo que constituye la originalidad y fuerza de su catolicismo es que lo lleva en la sangre, y que cuando se hace ateo o protestante, su ateísmo y aún su protestantismo huelen a Concilio de Trento” (Madariaga, *Dios y los españoles* 225).

El problema en sí no es la fuerza de la religiosidad popular, sino el poder que ha adquirido la iglesia en España. Para Madariaga, la religión, en sí misma, no es el problema, sino el poder del clero. Elogia la capacidad organizativa del clero, la influencia en materia de economía rural, asistencia médica y en ciertas formas de saber, pero critica su influencia general, que ve como retrógrada e irritante:

“La Iglesia católica de España es tan intolerante, que, si pudiese, impediría toda evolución del pensamiento objetivo e independiente del país. La Iglesia ha sido siempre favorable a las medidas contrarias a la libertad de opinión, y en sus actividades manifiesta una tendencia militante, una actitud agresiva y una manera que son francamente anticristianas y antiooperativas” (Madariaga, *España* 134-135).

Al contrario que otros intelectuales teístas o agnósticos, que criticaron la religión católica como fuente de supersticiones e ignorancia, Madariaga considera positivamente la práctica religiosa. En uno de sus últimos libros, *Dios y los españoles* (1975), trata el tema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado a través de la historia. Quizás la época más crítica fue cuando la iglesia española es el apoyo que el clero dio al régimen franquista después de la guerra civil, lo cual fue un gran

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

desengaño para el autor. En los últimos años de su vida, sin embargo, ve con esperanza algunos movimientos del clero español hacia posturas menos políticas, pues si bien ha bajado la cantidad del clero, ha mejorado su calidad. En el futuro más inmediato, con la llegada de la democracia, ve una tarea primordial de la iglesia en España: “la misión del sacerdote en España debe ser en esencia una brega contra el espíritu de guerra civil” (Madariaga, *Dios y los españoles* 108).

Por último, plantea que la única esperanza de la iglesia española es que un nuevo movimiento surja en el seno de la misma y la renueve desde dentro, especialmente para paliar su más urgente necesidad: la educación de sí misma. Esto, ciertamente, se cumplió en su vida, pues en la última edición, añade en una nota al pie: “escrito en 1930, este llamamiento tuvo que esperar treinta años a que viniera Juan XXIII” (Madariaga, *España* 135).

El capítulo sobre el ejército es, quizás, el que más dificultó la publicación del libro en España durante la época de la dictadura. Entre los papeles personales del autor, se encuentran documentos de editoriales en España que recomiendan algunos cambios en el tono de la obra, pero especialmente en este capítulo. A pesar de que se considera que la obra es valiosa, se aducen tres razones principales por las que no puede ser publicada.

- a) Aparece un antimilitarismo intransigente que, en ocasiones, da lugar a párrafos o expresiones en los que se desprecia o insulta al Ejército.
- b) Existen una serie de expresiones acerca del Jefe de Estado, en especial, en tanto se le juzga, bien personalmente, bien como militar—político, que incurre en el Código Penal, que especifica como delito los ataques, de palabra o por escrito, al Jefe del Estado.
- c) Hay un rechazo sistemático de la legalidad vigente.

A continuación, aconsejan una matización y señalan las páginas que deberían cambiar. Para la siguiente edición, se cambiaron muchas de esas páginas en la redacción final. Ciertamente, algunas de dichas expresiones eran especialmente duras. En uno de los borradores de la edición de 1942 se leía:

Santiago de Navascués

“Entre las cualidades de Franco figuraron siempre la constancia y el tesón. En ambas, su valor sustancial, depende del objetivo que se sirve. ~~La constancia en violar mujeres, en asesinar, en robar bancos o secuestrar aviones, ¿son en último término cualidades? Este es el problema que nos plantea la estructura moral de Franco.~~”

Madariaga fue siempre defensor de un pacifismo a ultranza. El militarismo español, en concreto, tenía unas características especialmente dolorosas para él. No se trataba de un fenómeno comparable al de otros países europeos. El militarismo español era un mal de pretorianismo: “un cuerpo de oficiales, sin la mayor pretensión de formar casta, domina la vida política nacional” (Madariaga, *España* 136). El problema principal es la persistencia del ejército como instrumento para garantizar el orden social y la continuidad del Estado. Como decía en el prólogo del libro, no es posible adaptar el país a los nuevos tiempos si no existe una mínima garantía de libertad. Establece un paralelismo con la Iglesia, pues ambas tienen en común el ser organizadas y controladas, especialmente útiles “en un país en el que las instituciones son escasas y precarias a causa del excesivo vigor del individualismo” (Madariaga, *España* 141). La paradoja es que en aquella época se habían invertido las reglas normales de la vida: la Iglesia se vuelve contra el desarrollo espiritual del país y el ejército socava la ley civil y el orden.

4.2. LOS SUCESOS

4.2.1. *Controversia y neutralidad*

Antes de comenzar con el análisis de la segunda parte de la obra, conviene repasar el contexto histórico y los supuestos con los que trabaja el autor. Algunas ediciones, como la de 1942, suscitaron largas polémicas por las duras críticas a la actitud de los republicanos. Las tesis sobre el origen de la guerra civil y la actitud de los republicanos ante la sublevación hicieron de este libro un blanco de polémicas. Autores de tendencias tanto de izquierda como de derecha tacharon invariablemente a Madariaga de haber apoyado intelectualmente a Franco. Desde la izquierda, se le acusaba de haber desertado de las filas republicanas y haber guardado silencio en

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

torno a su verdadera posición. Desde sectores de la derecha, se le señaló como la cabeza intelectual de la “democracia orgánica”, precursora del régimen de Franco.

En 1959 los servicios de propaganda de Franco publicaron un libro titulado *¿Qué pasa en España? El problema del socialismo español*, con citas y reproducciones de *España*. Otra publicación, titulada *Madariaga versus Madariaga*, se compuso con extractos de *Anarquía y Jerarquía* y *España*, entre otros, en los que se parodiaba la actitud ambivalente del autor (Southworth, *El lavado de cerebro de Francisco Franco* 130). Lo cierto es que, aunque el autor negó haber tenido ningún trato con la ideología franquista, no pudo negar que las palabras de éstos libros eran suyas. La teorización de la democracia orgánica le valió el repudio de muchos intelectuales de izquierda y las abundantes contradicciones internas de los libros fueron objeto de numerosas críticas.

Una posible explicación para los virajes ideológicos del pensador se puede encontrar en la crisis del liberalismo. El liberalismo, como pensamiento opuesto a la democracia, se hallaba en crisis en la época de redacción de *España y Anarquía o jerarquía*. La democracia, para los liberales, suponía una violación de la libertad individual, e introducía uniformidad e igualdad. Como explica Pedro Carlos González Cuevas, “el liberalismo, como autoconciencia de la burguesía es, ante todo, una filosofía de la sociedad, desde cuya perspectiva «libertad» no significa tan sólo libertades políticas y, por lo tanto, condiciones de la propia democracia. «Libertad» significa aquí igualmente y sobre todo libertad de propiedad privada” (González Cuevas 74). Madariaga encarnaba esta posición liberal, basada en la burguesía y en la idea de que orden social, es anterior a la libertad. Esta postura era abiertamente opuesta a la nueva sociedad de masas y, en especial, al comunismo. Especialmente en aquella década de 1930, la paz social se convirtió en uno de los objetivos prioritarios para el gobierno. La publicación en 1935 de un libro como *Anarquía o jerarquía*, se ha de considerar en el marco de una conflictiva realidad social. El libro era un esbozo de una democracia controlada por la «jerarquía» burguesa que sería la responsable de la convivencia. Entre otras propuestas para el gobierno estarían el establecimiento de un estado prácticamente autoritario, que no toleraría ni huelgas, ni asociaciones obreras de lucha, antirrevolucionario, con limitaciones a la libertad de expresión y sin

sufragio universal, etc. En este contexto, las contradicciones entre «libertad—anarquía» y «orden—jerarquía» son propias de esta época en la que Madariaga escribe *España*, en la Europa de preguerra cada vez más fragmentada ideológicamente. En sus *Memorias* escribía que “en 1936 era yo un parlamentario europeo liberal cuando a la gente no le interesaba ni Europa ni el sistema parlamentario ni el liberalismo” (Madariaga, *Amanecer sin mediodía* 566). En un mundo dividido por las oleadas del fascismo y el comunismo, el liberalismo clásico Madariaga se encontraba en una grave crisis política e ideológica. Por eso, como dice González Cuevas, es necesario comprender su obra dentro de este contexto histórico:

“Aunque la obra de Madariaga abunda en contradicciones, ésta sólo puede comprenderse a partir de las relaciones con el conjunto de esa realidad conflictiva. De esta forma, la vía demoliberal era, una vez más, negada en España. Pero en esta ocasión por aquellos que se autodefinían como «liberales»” (González Cuevas 77)

Esta renuncia a la vía liberal se observa, precisamente, en el “paso atrás” que da el autor con la publicación de unos libros tan polémicos.

Por último, la polémica en España no sólo tiene que ver con la postura política del autor, sino con la revisión de la historia que realiza. Madariaga ataca tanto a la historiografía de derechas como a la de izquierdas porque ambas suprimen momentos significativos de la historia nacional. Por una parte, la derecha “suprime de la historia contemporánea todo el hermoso movimiento de los liberales intelectuales; toda la evolución creadora de las clases obreras a quienes debe España alguna de sus instituciones modernas más vigorosas, como la Unión General de Trabajadores, y sus movimientos sociológicos más originales como el sindicalismo libertario” y, por otra, “la izquierda arranca de la historia española todas las raíces de pesimismo (sic.) católico, de orden social, de continuidad y de monarquismo que hicieron antaño de España la primera potencia del mundo y la más creadora.” (Madariaga, *El sentido de la diversidad* 239). Estas eliminaciones, que nuestro autor considera arbitrarias, son las que él pretende rescatar. Su visión, por tanto, se

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

compromete con valores que corresponderían al centro, en los que no cabe la supresión de una parte del pasado por la falta de afinidad ideológica.

4.2.2. *La liquidación de la Dictadura*

Después de analizar los elementos de inestabilidad más graves del país, Madariaga describe los hechos históricos y políticos principales. En este capítulo, con su habitual estilo provocador, hace una defensa del régimen anterior a la dictadura. Lo propio de este régimen era la consciencia de sus propias limitaciones, el conocimiento de sí. Con mayor o menor fortuna, el aparato estatal y burocrático funcionaba: “el antiguo régimen poseía una cualidad que lo hacía superior a la dictadura. Sabía que era malo. Se criticaba a sí mismo con franqueza y humildad. Y esta cualidad, de un valor inestimable, fue en él fecunda y creadora. A ella debe España alguna de sus mejores instituciones” (Madariaga, *España* 288-289). El régimen funcionaba a través de la confianza de importantes funciones del Estado a ciertas instituciones. Estas instituciones eran autónomas y estaban alimentadas por el prestigio y la autoridad moral de hombres respetados por la opinión pública, como la Junta de Ampliación de Estudios. Para Madariaga, “el antiguo régimen fue el único factor constructivo, liberal, objetivo y estadista en un país que luchaba por adquirir su educación política contra dos fuerzas, militarismo y clericalismo, que izaron la dictadura al poder” (Madariaga, *España* 289).

La inestabilidad fue el defecto más grave del régimen, que le llevó finalmente al golpe de Estado y la dictadura. La dictadura glorificó aquello que es el mayor mal político de España, “el fanático apego del español a su libertad personal” (Madariaga, *España* 290). Sin embargo, apenas se habla de la dictadura de Primo de Rivera. En lo esencial, afirma que la dictadura dejó a España en una situación igual o peor de la que encontró. Los avances económicos, aunque notables, no mejoraron la conflictividad social y la más complicada de las cuestiones, el catalanismo, se complicó aún más. Los avances sociales y económicos, al igual que los de la República, no tienen importancia para el autor. Madariaga consideraba que la educación política y espiritual del país en la libertad era lo más importante. El triunfo del gobierno en los campos sociales y económicos eran irrelevantes si éstos llevaban consigo una división

interna que acarreará el germen de la guerra civil o una imposición dictatorial que impidiera el desarrollo de la libertad.

El primer libro se cierra con la caída de la dictadura y una reflexión sobre el futuro de España en relación con la modernidad. Citando a Keyserling, Madariaga sostiene que la sustancia esencial de España es capaz de encarnar las formas de la condición moderna: “el nuevo resurgimiento de España —pues es evidente que vuelve a resurgir— empieza al cerrarse la era del progreso. Sea por siempre lo que siempre ha sido” (Madariaga, *España* 302). Con esta tesis, proyecta sus ideas sobre lo que considera que necesita el país: una renovación que no necesariamente ha de ser paralela a la del resto de naciones, que en aquellos años extremaban posiciones hacia el fascismo y el comunismo.

4.2.3. *La II República*

Madariaga relata los últimos días de la monarquía como un momento de esperanza y alegría, sin violencia. El problema del nuevo régimen, como bien observa, es que el mapa político de España en 1931 apenas contaba con verdaderos republicanos. La composición del voto muestra que “el triunfo republicano del 14 de abril no era en efecto tal triunfo republicano” (Madariaga, *España* 312). La consecuencia fue que, al nutrir los votos de los liberales de clase media, los sindicalistas contribuyeron a crear “ciertas organizaciones de carácter híbrido y crecimiento anormal, sin base real autónoma en la masa, y por tanto se sintieron inclinados a cultivar con una actitud demagógica su precaria hueste electoral” (Madariaga, *España* 312). El autor considera que la base de la República era el sector de opinión que encarnaba Manuel Azaña, el partido Acción Republicana. Por la izquierda le amenazaban Largo Caballero y los socialistas, y por la derecha Lerroux con el partido radical. Toda la lucha del régimen consistiría, a partir de entonces, en mantener ese precario equilibrio:

“La historia de la República es en su esencia la de esta lucha interna del centro para existir y la de sus extremos para impedirle cobrar masa y momento.

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

Ganaron los extremos y España se vio desgarrada por la guerra civil más desastrosa de su historia” (Madariaga, *España* 314).

El hombre en quien Madariaga puso su confianza para guardar ese balance, Manuel Azaña, fue incapaz de evitar la polarización del país, lo que provocaría la guerra civil. Stanley Payne destaca que adolecía de una “escasa comprensión de lo que era un gobierno democrático y cuando entendió que, en general, las democracias han de gobernarse desde el centro ya era demasiado tarde; un gobierno tan sectario y tiránico como el suyo y el de Casares Quiroga no podía sustentar la democracia” (Payne, *40 preguntas fundamentales sobre la Guerra Civil* 84).

Madariaga critica fuertemente las primeras medidas del gobierno, como la legislación de las Cortes Constituyentes, que “comenzaron a legislar *contra* el pasado más bien que *por* el porvenir” (Madariaga, *España* 321), aunque entiende esta actitud como consecuencia natural de ocho años de dictadura. La Constitución, por tanto, no era viable. Tenía tres defectos capitales: la debilidad del ejecutivo, la falta de Senado y la separación entre Iglesia y Estado. El ejecutivo era débil por miedo a la disolución de las Cortes. Así que luego hubo que hacer nuevas leyes para controlar a las masas que, en realidad, eran inconstitucionales. Con la ausencia de Senado, la República prescindió de “una de las más seguras garantías contra los violentos movimientos de opinión que en desenfundada oscilación pendular iban a desencajarla y derrumbarla” (Madariaga, *España* 322). Por último, consideraba que los artículos anticlericales produjeron el caos, pues si se hubieran atendido al Concordato vigente con la Iglesia, habrían heredado los excepcionales privilegios de que gozaba el Estado español.

Aunque Madariaga trabajó con el gobierno de la República y era amigo de varios miembros destacados del gobierno, su posición con respecto a la misma se volvió progresivamente más escéptica. En sus memorias, recuerda algunas de sus primeras impresiones:

“Intuía que el pueblo español estaría con la república, pero vislumbraba tres peligros: el idealismo intransigente de los extremistas de izquierda, queriendo imponer una Arcadia para hoy mismo: el coletazo o contramarea de la

extrema derecha: y las rivalidades ideológicas que desmenuzarían al centro. Mi conclusión es que había que aceptar. Aunque no era probable que la República durase mucho ni que viviera en paz interior” (Madariaga, *Amanecer sin mediodía* 246).

Las características de Madariaga para el trabajo durante la II República, afirma Paul Preston, eran totalmente inadecuadas para una política repleta de intrigas, por su “honradez y claridad, idealismo y liberalismo, espíritu abierto y entrega a una visión del mundo” (Preston, *Las tres Españas del 36* 180). Para un liberal clásico como él, la República tenía que haber servido para la solución de los problemas descritos en los capítulos anteriores (religioso, militar, agrario, obrero, etc.). Sin embargo, el nuevo régimen fue una decepción. En estos capítulos describe cuáles fueron las medidas principales del gobierno. El problema religioso, por ejemplo, se atajó con una política anticlerical que derrochó sus energías en un ataque frontal que vino a reforzar a la oposición. Las reformas de Azaña en el ejército causaron resentimiento en aquellos oficiales que fueron apartados por no ser fieles a la República, y empezaron a conspirar. La reforma agraria, que para Madariaga era la mejor medida, decayó por la lentitud de su aplicación. El problema obrero se agravó con tensiones.

Por último, la renovación en la enseñanza también fracasó. La gran escuela de Francisco Giner no era ni católica ni anticlerical, pero la República dio demasiada confianza a las cifras y a los edificios. Tendían a imaginar que una escuela es un edificio, lo que produjo desastrosos resultados: los maestros de escuela querían cobrar del Estado sin trabajar.

La segunda fase, con la derecha de Gil Robles y la CEDA, extremó aún más las posturas: “se redujo el rico panorama de opiniones individuales de la nación a dos nada más, visibles al instante por el color de la camisa y por el gesto de la mano” (Madariaga, *España* 355). Los polos de la guerra civil se estimulaban mutuamente y todo el país iba gradualmente hacia la guerra civil. La situación requería medidas valientes y magnánimas, y el presidente Alcalá Zamora no estuvo a la altura de las circunstancias. La huelga general de octubre de 1934 en Madrid, Barcelona y Oviedo fue la gota que colmó el vaso. Para Madariaga, ninguno de los tres alzamientos estaba justificado. Termina el capítulo con una de las frases más polémicas del libro: “con la

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

rebelión de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936” (Madariaga, *España* 363). Algunos historiadores y el propio Madariaga han fechado la revolución de Asturias como el primer acto de guerra civil. Sin embargo, la insurrección fue sólo el preludio de la guerra civil, pero careció de la fuerza necesaria para hacer estallar el gran conflicto. Autores como Staney Payne afirman que incrementó en gran medida la polarización, pero siguió existiendo la posibilidad de enfrentarse a ella y la guerra civil no era inevitable. (Payne, *40 preguntas fundamentales sobre la Guerra Civil* 35).

La etapa de Gil Robles fue de gobierno casi sin oposición. Aunque se acusa de autoritario al gobierno, Madariaga lo defiende, pues, en principio, no había nada contrario al espíritu republicano razonablemente comprendido: “un Gobierno que propone la reforma de la Constitución del 31 siguiendo el procedimiento previsto en el artículo 125 de la misma Constitución, no merece ni por asomo el nombre de fascista” (Madariaga, *España* 367).

La tercera fase, con la victoria del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936, se interpreta como el triunfo de la burguesía liberal, no del marxismo. Los resultados de la ley castigaron a la derecha y favorecieron al centro, tratando a la izquierda de un modo neutral: “si se adoptara la opinión de la izquierda sobre el centro, las elecciones de febrero se resolverían en un triunfo de la derecha” (Madariaga, *España* 372).

En general, las condiciones del sufragio fueron buenas y las elecciones, libres y justas. Sin embargo, se produjo un desequilibrio después del voto, tras la apertura de cortes. Según el sistema republicano, se había de revisar los resultados electorales y determinar si había de anularse o invertirse en algún distrito por haber existido irregularidades. Se anularon parcialmente uno o más escaños en varias provincias donde había triunfado las derechas, pero en ningún caso se le arrebató un escaño a la izquierda (Payne, *40 preguntas fundamentales sobre la Guerra Civil* 61).

Con la amnistía del 2 de febrero de 1936 se desató la violencia en el país, que entró en una fase francamente revolucionaria. De todas las luchas de facciones, quizás la más peligrosa fue la rivalidad entre Largo Caballero e Indalecio Prieto. Para Madariaga, “la circunstancia que hizo inevitable la guerra civil en España fue la guerra

civil dentro del partido socialista” (Madariaga, *España* 380). La revolución de Largo Caballero, en oposición con los dirigentes del régimen e incluso con su propio partido, “al que a tiros de revólver se le negaba la palabra en los comicios” (Madariaga, *España* 380), provocó una situación de violencia desenfrenada. Mientras tanto, la derecha conspiraba en la sombra de varias formas.

La guerra civil, por tanto, comenzó como una tragedia puramente española, nacida en el suelo español y a la manera española. A pesar de la intervención posterior de Italia, Alemania y Rusia en la contienda, éstas no estuvieron detrás de su nacimiento. Madariaga, fiel a su análisis del “carácter nacional”, interpreta la guerra civil como fruto de la pasión española. Como otros liberales de su época, Madariaga creía que la revolución española había ofrecido como alternativa soluciones modernas (fascismo o comunismo), en lugar de una democracia liberal. El amor desenfrenado por la libertad del español desembocó en la completa adhesión a una de las opciones. José Castillejo observó, al igual que Madariaga, que la pasión incondicional por la libertad fue la perdición del país:

“España ha librado una guerra civil entre las dos alternativas que se le ofrecían. Medio país pensaba que el gran enemigo de la libertad era el comunismo, mientras que la otra creía que era el fascismo. Y en defensa de la libertad cada parte abrazó con vehemencia precisamente la doctrina que para la otra mitad simbolizaba la esclavitud” (Castillejo 31).

La guerra se debió a aquello que ya preveía en los capítulos anteriores. Tanto el amor a la libertad como a las pasiones dominantes del español: la dictadura y el separatismo (Madariaga, *España* 385). Con una expresión poética, Madariaga describe el comienzo de la guerra civil de este modo:

“[La guerra civil] Fue debida a la escasez de agua y al exceso de fuego en el temperamento español. Cuando el ardiente sol de España seca la tierra, ya de suyo no muy jugosa, la tierra se agrieta. Viene el extraño, ya contaminado de pasión de nuestro ambiente, y dice: «Esta tierra de la derecha...» O bien: «Esta tierra de la izquierda es responsable.»

Pero toda la tierra es una” (Madariaga, *España* 385).

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

Un último apunte antes de describir la guerra civil completa el panorama histórico. Como representante de España en la Sociedad de Naciones durante aquellos años, Madariaga observa la forma de funcionamiento de la política exterior española. Con algunos detalles sobre el funcionamiento paradójico, extraoficial y, en ocasiones, chapucero, de la administración española, el autor pretende dar un correctivo a la tendencia de pintar las cosas de un modo simplista y rígido: “los que han pintado una España estilo cubista toda en ángulos rectos, fascistas aquí, antifascistas allá y nada más, se engañan o engañan. Nuestro país es misterioso y siempre inesperado.” (Madariaga, *España* 401).

4.2.4. La guerra civil

Madariaga analiza la guerra civil no sólo como una guerra entre dos facciones, sino como seno de una revolución proletaria. Una de sus críticas más feroces a la República es, precisamente, la impunidad con que se permitieron las checas, la persecución sistemática y el asesinato en masa de sacerdotes, y el espíritu revolucionario, que hizo que no hubiera “región, ciudad, provincia o aldea que no se montase su propio Gobierno, ni sindicato que no se erigiese en la práctica como Estado independiente” (Madariaga, *España* 415).

Sobre la persecución de la Iglesia y sus ministros apunta que, aún convencido de que fue uno de los errores más graves de los revolucionarios, existen ciertas razones que explican la persecución y la equilibran en el esquema general de los hechos. La Iglesia española había desperdiciado un valiosísimo tesoro espiritual, había dejado en barbecho el espíritu del pueblo, “dispuesto a recibir en su seno baldío otras simientes” (Madariaga, *España* 418), es decir, el espíritu revolucionario. Éste había sido el crimen principal de la Iglesia española, pero no el único: la Iglesia se había puesto infaliblemente al lado de las causas del bando nacional, apoyando al poderoso, al rico, al propietario... con lo que habían llegado a ser objeto de aversión popular. En cambio, al estallar la guerra, “la Iglesia española debió haber abierto los brazos como Jesucristo, a la izquierda y a la derecha; debió haber abierto el pecho y el corazón a ambos lados en ademán de paz y de unión” (Madariaga, *España* 420), pero no lo hizo: en 1937 el Episcopado hizo causa común con los rebeldes.

Mientras tanto, en el gobierno de la República se da la tragicomedia de la destitución de Largo Caballero por Negrín. Madariaga cree que, si se estudian mejor las circunstancias de la destitución, se sabrá que “eran los comunistas, sobre todo los rusos, los únicos actores que tenían en mano el manuscrito de toda la obra, mientras Indalecio Prieto y el propio Negrín apenas si sabían algún que otro pie y el hecho bruto del desenlace al que se iba: deshacerse de su rival en el partido socialista” (Madariaga, *España* 443-444). También acusa a los comunistas de provocar el desastre de la batalla de Brunete, pues cuando Indalecio Prieto se deshizo de los comisarios comunistas, los rusos dosificaron sus suministros.

La intervención cada vez mayor del fascismo y el comunismo se explican, según expone Madariaga, “por el estado de las relaciones internacionales a la sazón; en parte, por una diferencia notable en los fines tácticos de las potencias que entonces se inmiscuían en las cosas de España” (Madariaga, *España* 445). Por una parte, “los dos dictadores europeos llevaban su intervención en la guerra civil española con la calma de hombres seguros de su victoria” (Madariaga, *España* 447), por otra, Stalin tenía que asegurarse un baluarte occidental contra los peligros que cada vez con mayor urgencia lo amenazaban en el continente europeo. Mientras que los fascistas sólo tenían que fomentar una España fuerte en buena relación con ellos, el lado en que se apoyaba Stalin carecía de unidad. “Era una verdadera hidra revolucionaria, con una cabeza sindicalista, otra anarquista, dos comunistas y tres socialistas (amén de las cabezas burguesas) mordiéndose furiosamente la cabeza una a la otra y, por lo tanto, era indispensable que Stalin dominase aquel monstruo y lo unificase antes de poder contar con un apoyo seguro en el continente europeo” (Madariaga, *España* 446-447). La victoria rebelde es, en último extremo, culpa del caos provocado por los revolucionarios. Con el Alzamiento, habían tenido dos alternativas: quitarse de en medio dejando que los militares gobernaran o armar al “pueblo”. La primera habría sido semejante a lo que hizo Alfonso XIII abandonando España, y se hubiera evitado una horrenda guerra civil. La segunda opción, armar al “pueblo”, produjo el caos: por ello degeneró en “un duelo desigual entre un buen ejército y una turba de tribus malavenidas” (Madariaga, *España* 470).

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

Madariaga apenas se detiene a relatar la historia del bando nacional. Reconoce que muchas cuestiones históricas todavía no están esclarecidas, como la detención de Franco en el verano de 1938 ante Barcelona: “La Historia dirá algún día si es cierto o no que estas curiosas decisiones se tomaron por influencia de intereses extranjeros a quienes convenía prolongar la guerra civil” (Madariaga, *España* 453). Por ser ésta una de las pocas ocasiones en las que menciona a Franco y el bando nacional, puede parecer que, en ocasiones, se ensaña más con los republicanos. Esto dio pie a una fuerte crítica por parte de los segundos, que añadían a la lista de agravios el proyecto político de Madariaga: el sistema de la democracia orgánica diseñado en *Anarquía y jerarquía*, que se vio como precursor del sistema de Franco. Sin embargo, el autor defiende en el prólogo de la edición de 1958 que existe una razón para ello:

It may at times seem as if I stressed the errors and shortcomings of the Left more heavily than those of the Right. This was inevitable for two reasons. The first is that in the countries for which I am writing this study, it is about what actually happened in the Left that new light is particularly needed. The second is that it is from the Left rather than from the Right that we expect our future. It is the Left, therefore, which stands in need of criticism (Madariaga, *Spain: a modern history* 7).

No era ésta la única razón por la que fue la izquierda quien más crítica recibió en el libro. Madariaga, como liberal, apenas conocía a las personalidades de la derecha española. Por el contrario, conocía a todos los líderes de la izquierda y había puesto su confianza en ellos:

“I hardly know the men of Right. I lunched once with General Franco and a common friend, in 1934. I had never met him and have not seen him since. My single conversation with Sr. Gil Robles did not last five minutes (...). On the other hand, every one of the leaders of the Left —Largo Caballero, Prieto, Azaña, Besteiro, Fernando de los Ríos, Araquistáin, Negrin, Alvarez del Vayo— were old acquaintances or friends of a lifetime. It was in these men I, like every other liberal or Socialist Spaniard, had put my trust. This may also explain why I have been led to concentrate on their doings than on those of the other side” (Madariaga, *Spain: a modern history* 8-9).

El interés suscitado en el mundo por la guerra en España y la infiltración comunista en el país ocupa una buena parte de esta obra. Madariaga, como ya hemos visto, achaca el entusiasmo de todos los países del mundo por la causa de la República, exceptuando a los fascistas, a una campaña comunista. En Europa, “España se convirtió en el adorado tormento de todo el mundo” (Madariaga, *España* 432). Critica el repentino entusiasmo con que izquierdistas ingleses, que habían vivido en feliz ignorancia de la explotación de los obreros españoles, se adhirieron a la causa republicana, o cómo “niñas comunistoides con cinco mil libras de renta” (Madariaga, *España* 432) ponían de moda el pañuelo español en Londres. No se comprendió bien la guerra española y “era imposible hablar con sentido común en tal ambiente sin que tirios y troyanos le acusasen a uno de traidor” (Madariaga, *España* 432). La prensa estaba convencida de que los “lealistas” o “republicanos” eran la verdadera España pisoteada por la tiranía de los rebeldes, a lo que se sumó, al finalizar la guerra, el factor de duelo entre los países nazi—fascistas y las democracias. Por eso, cuando Madariaga fue preguntado en aquellos años por su opinión sobre la guerra, guardó un escrupuloso silencio, que, de nuevo, utilizaron sus enemigos para situarlo como cómplice del bando franquista. Southworth, por ejemplo, lo critica con una anécdota: “recuerdo haber asistido en Washington, en 1936, a una conferencia cuyo anuncio había atraído una gran muchedumbre congregada para oír hablar al antiguo embajador de España en los Estados Unidos del tema que ocupaba la atención de todos: la guerra civil española. El señor Madariaga se negó a decir una sola palabra sobre el asunto” (Southworth, *El mito de la cruzada de Franco* 146-147).

La actitud de Madariaga no era ambigua. Su postura con respecto a la guerra civil quedó clara con aquellos silencios. Como él mismo afirmaba en sus memorias, “cuando es reiterado, el silencio adquiere caracteres de argumento” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 148). Sin embargo, para hacer más evidente su postura, describió, en las páginas de un diario todavía inédito, la ocasión que Southworth critica. Había sido invitado por Mr. Feakins a un ciclo de conferencias sobre la guerra civil. Madariaga dijo que no hablaría del conflicto, a lo que el organizador insistió en que perdería los 10.000 dólares de la conferencia:

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

“«Pues no hay más remedio que perderlos», contesté. No expliqué nada; pero la razón era obvia. No podía declarar ni con los militares ni con los republicanos. Era anti—ambos, porque era anti—guerra civil. Por lo tanto, mi postura hubiera parecido a mis adversarios excelente ocasión de caricatura, porque bastaba con reducirla a decir: «La derecha, la rechazo. La izquierda también. Ergo, el único que tiene razón en España soy yo»”.

En una carta escrita en el primer aniversario del estallido de la Guerra Civil, y publicada en varios periódicos extranjeros, explicaba su posición con meridiana claridad. En ella, se afirmaba que “quienquiera que gane, España pierde siempre” (Madariaga, *España* 815). Esto se debe a que ninguno de los dos bandos puede ganar la victoria moral. Sea quien sea el ganador, no podrá gobernar más que con la buena voluntad del pueblo entero, que no se impone con la fuerza: la única manera de lograr la paz es a través de la reconciliación. La victoria de cualquiera de los bandos no traerá la paz al país.

En las siguientes décadas, Madariaga tuvo la oportunidad de aclarar su neutralidad en una acalorada polémica con Ramón J. Sender, que critica su actitud pacifista porque no condenó la sublevación del 36:

“Yo no fui neutral. Fui anti—Guerra Civil. Sigo siéndolo. Estimo que lo esencial en España no es el conflicto izquierda contra derecha, sino el conflicto convivencia contra Guerra Civil. Y ahora cúpleme decirle que, según mi observación, quizá más en contacto con la España del interior que Ud., le aseguro que España está conmigo y no con Ud.; que está harta de Guerra Civil y quiere convivencia y que una de las razones por las cuales casi toda España está hoy contra Franco es por su empeño en prolongar la Guerra Civil” (Glondys 238).

Madariaga no estuvo en la España del bando derrotado ni la del vencedor. Estaba, más bien, en una tercera vía: el espíritu de mediación. Si la guerra civil fue la batalla entre dos Franciscos —Largo Caballero y Franco—, había un tercer Francisco que pudo ser: Francisco Giner de los Ríos. En esta guerra, “el verdadero, el grande, el creador, el que era esperanza de España, fue la víctima de la acción violenta. Y, sin

embargo, aunque todavía demasiado inorgánica para hacerse oír, la verdadera España estaba con Francisco Giner de los Ríos” (Madariaga, *España* 408). Madariaga no desarrolla plenamente esta idea en *España*. Sin embargo, su labor como político y diplomático en el Consejo Federal del Movimiento Europeo, en el Colegio de Europa y como diplomático en la búsqueda de la paz en la guerra civil española, son testimonios de su espíritu mediador. La España que nunca fue, pero que Madariaga buscó incansablemente, era “la España real, la de Francisco Giner, la España de paz y paciencia” (Madariaga, *España* 458).

4.2.5. *El régimen de Franco*

España, a principios de abril de 1939, ponía toda su esperanza en Franco, que habría de forjar “una nación al fin unida en el crisol del sufrimiento”. Pero Franco se vio a sí mismo como autoridad absoluta responsable ante Dios y la Historia. Con el decreto de la labor de la Falange, fundó un Estado dentro del Estado “a imitación de los regímenes fascista y nazi, a su vez imitados del sistema bolchevique, el sistema del partido único”. Éste tuvo conflictos con el Ejército y la Iglesia, y en relación con vascos y catalanes, “se les trató con sentido de dictadura” y “no se hizo el menor intento de entresacar lo que la tenencia autonomista pudiera tener de fecundo y de creador y lo que tenía de negativo y tribal el separatismo”. Su injusticia se reveló con claridad al condenar a Julián Besteiro, “el gran ciudadano español que gozaba del respeto, afecto y admiración de todas las clases” (Madariaga, *España* 476).

Madariaga estaba convencido de que el proyecto franquista era muy sencillo: no consistía en otra cosa que en permanecer en el poder. “La estrategia política de Franco es tan sencilla como una lanza. No hay acto suyo que se proponga otra cosa que durar. Bajo las apariencias tácticas más variadas y hasta contradictorias —paz, neutralidad, belicosidad; amnistía, persecución; monarquía, regencia—, en lo único en que piensa Franco es en Franco.” (Madariaga, *España* 511). En aquellos primeros años de régimen, Madariaga escribiría en 1944 una carta abierta a Franco en la que exponía los motivos por los que el general no podía seguir en España:

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

“El caudillo del bando de la guerra civil no sirve para hacer la unidad española. El hombre que fusiló a Companys, a Zugazagoitia, a Cruz Salido, y a tantos otros innumerables no sirve para hacer la unidad española. tiene usted holladas y oprimidas a Cataluña, a Euskadi y a Galicia (...) Pero estos pueblos españoles tienen derecho a vivir como les parece en una España que, libre, es bastante grande para todos. Como la del Señor, es la España casa de muchas moradas” (Madariaga, *General, márchese usted* 19).

Tampoco las críticas a los dirigentes del Gobierno de la República en el exilio terminaron con el fin de la guerra. En las siguientes ediciones Madariaga denuncia, entre otras cosas, la avaricia con que los prohombres republicanos cargaron con el tesoro a México. Sigue la pista del oro tras la muerte de Negrín y clama que la nación española tiene derecho a que le rindan cuenta los herederos de Negrín y sus colaboradores en el Gobierno por la pérdida de 510 toneladas de oro en Odessa y 340 de Marsella y Barcelona (Madariaga, *España* 530). Aunque, para Madariaga, lo más grave es que ni siquiera en el exilio fueron capaces de unificar a la España emigrada, como tampoco habían logrado unificar a la España revolucionaria beligerante.

Paralelamente, en el exilio, la reunión del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo en La Haya del 7 al 10 de mayo de 1948, es interpretado como “prueba viviente de que existía y existe entre los españoles una unión suficiente para fundar sobre ella un régimen libre” (Madariaga, *España* 517). Ésta fue la primera vez en la que, en el exilio, se reunían españoles de distintas tendencias políticas fragmentadas después de la guerra. El momento más importante, sin embargo, fue el “contubernio de Múnich”, convocado el 8 y 9 de junio en 1962 bajo el título de “La Democratización de las Instituciones Europeas”. En él se juntaron miembros de tendencias opositoras al régimen franquista, tanto del interior como del exilio, con excepción de los comunistas: monárquicos liberales, republicanos, democristianos, socialistas, socialdemócratas, nacionalistas vascos y catalanes. La multitudinaria asamblea, con 118 delegados españoles, concluyó con las famosas palabras de Madariaga: “La guerra civil que empezó en España el 18 de julio de 1936 y que el Régimen ha mantenido artificialmente con la censura, el monopolio de la Prensa y de

la Radio y los desfiles de la Victoria, la guerra civil terminó en Múnich anteayer, 6 de junio de 1962” (Preston, *Las tres Españas del 36* 206).

A finales de los cincuenta, fueron varios los republicanos que repudiaron el pasado de la República en los años 30. Ante la ineptitud de las políticas republicanas en el destierro, algunos exiliados acabarían sumándose a la apuesta pragmática de Madariaga, al que reconocieron como “su mejor líder en el presente y su guía para interpretar el pasado” (Glondys 240). Ejemplo de ello fue Julián Gorkin, con quien organizó el contubernio de Munich. Para él, Madariaga simbolizaba:

“una España reconciliada consigo misma, capaz de reanudar el hilo entre el ayer y el mañana, de superar el abismo de la Guerra Civil y estos largos, amargos y agotadores años de dictadura. «Los vencedores de ayer somos los vencidos de hoy» ha dicho con tremenda sinceridad el poeta y exfalangista Dioniso Ridruejo. Yo digo que la vencida fue España y que se trata ahora de salvarla, de reintegrarla (...) En suma: frente a la Guerra Civil —o incivil— de crear las condiciones de la paz civil y de la conveniencia nacional libre de los españoles. Por su pasado, por su actitud presente y por su proyección toda, Salvador de Madariaga me parece ser y representar la más limpia, legítima y cohesiva bandera de todo eso” (Gorkin, *Madariaga y la integración democrática española* 6)

Los siguientes capítulos, que tratan sobre el régimen de Franco, tienen menos relevancia para el presente trabajo. Madariaga se posicionó en contra de la España del dictador, a la que no consideraba legítima. En esas páginas expresa sus opiniones sobre cuál ha de ser el futuro de España sin el Caudillo y qué aproximaciones se han de hacer a Europa. Uno de los pasos más importantes es, por ejemplo, la entrada del país en el Mercado Común.

Domina en estas páginas un sentido más periodístico, por la cercanía con el momento de la redacción. Hay una clara falta de sentido historiográfico, de la que el autor es consciente. Un ejemplo es que sobre la terna que la Falange le presenta para sustituir a Carrero Blanco, recuerda que eran “Fernández Cuesta, Fraga Iribarne y “del tercero ni siquiera me acuerdo” (Madariaga, *España* 563). En ciertas materias,

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

como la historia de ETA, tiene menos información. A éstos últimos los que acusa de connivencia con la Unión Soviética. Los vínculos de éstos con el comunismo eran, en todo caso, ideológicos a partir de la V Asamblea, pero no está demostrado que la URSS tuviera contactos o financiara al grupo terrorista.

Las últimas páginas son un juicio del Régimen: “Francisco Franco ha sido en la historia el único monarca despótico de España” (Madariaga, *España* 566) en el que la nación “abdicó” tomándose unas vacaciones de responsabilidad. En la descripción de Franco, como en la mayoría de semblanzas que hace Madariaga, mezcla elementos elogiosos y despectivos. Franco, señala, tenía virtudes, como una capacidad de elevarse “como una torre de fuerza por el vigor y el empuje de su voluntad”. Palabras que, en otro contexto, habrían sonado elogiosas. Por el contrario, lo dominante en él era su estrechez de miras: “hombre de una sola idea, Franco no pensó nunca más que en Franco. ¿Cómo iba a pensar en España o en cómo unir a los españoles, cuando la satisfacción de su pasión de mando, dueña de su alma, exigía precisamente que estuvieran divididos”? Lo más trágico fue que su actitud principal fue de desprecio para con los españoles pues, para él, “España no fue más que terreno conquistado” (Madariaga, *España* 567-569).

Las peores consecuencias de la anomalía de Franco fueron dos: el fomento de la tendencia nacional a la anarquía individualista; y la preparación del ambiente del país para el comunismo. Esta segunda consecuencia es la que más preocupa al escritor. Obsesionado con la penetración de los comunistas en España, afirma que muchos de ellos se infiltraron en la falange y, tras la caída del régimen, han vuelto. El auge del comunismo se puede producir por tener “una mayoría irresponsable por falta de poder y una minoría irresponsable por exceso de poder” (Madariaga, *España* 572).

4.2.6. *Al borde del porvenir*

En las siguientes ediciones desde 1931, Madariaga incluye un capítulo titulado «Al borde del porvenir». En él, el autor especula sobre las distintas proyecciones de futuro que puede tomar España. En esencia, los puntos comunes que trata este capítulo son: qué sistema político conviene a la nación española, con qué países ha de

alinearse y cómo conciliar las autonomías. Desde la décima edición (1974, editorial Sudamericana), se nos dice en el prólogo que el propósito del libro es “contribuir a la evolución de nuestra experiencia política en un sentido positivo, o sea a ensanchar, profundizar y elevar la actitud de todos y cada uno, con la mira puesta en el pasado tan sólo lo justo indispensable para que los ojos vean más claro el porvenir” (Madariaga, *España* 5)

En primer lugar, Madariaga se pregunta qué tipo de sistema político ha de adoptar el país. No apuesta por uno definido, pues todo lo más que se puede hacer es establecer relaciones condicionales (“si se hace esto, ocurrirá lo otro”). En este sentido, es pragmático y propone un modelo que podría funcionar en un futuro no muy lejano: el ejemplo de Bélgica. Al comparar ambos países, se descubre un paralelismo entre ambas naciones. En Bélgica convive, al mismo tiempo, una derecha católica clerical, un centro liberal y una izquierda socialista. Por eso, concluye, “para España como para Bélgica no hay más Gobierno posible que una coalición más o menos amplia con su centro de gravedad en la zona media política del país, que es la liberal” (Madariaga, *España* 760).

Por eso, en segundo lugar, España ha de alinearse con las potencias aliadas: Francia, Inglaterra y las potencias occidentales. Expresa sus deseos de integrar a España en Europa, como “etapa próxima natural de la evolución humana”. El problema, una vez más, era el nacionalismo exacerbado y la autarquía en la que se había instalado el país. Confiaba en que “una España liberal y humanista entraría de lleno en la vida política, económica y cultural de Europa; y bastarían muy pocos años de paz para que volviera a dar al mundo pruebas valiosas de su espíritu creador” (Madariaga, *España* 790). Para eso, los españoles han de abandonar el egoísmo o yoísmo y formar instituciones que garanticen el orden social y la libertad de sus miembros. Se ha de poner el acento en desarrollar “la cooperación, la continuidad, la técnica, el método, el sentido del crecimiento, de la necesidad del tiempo, para que maduren las cosas de la vida colectiva, la paciencia, todas las virtudes medianas y útiles de la vida diaria” (Madariaga, *España* 582).

Por su furioso anticomunismo, advierte también de los peligros del creciente marxismo. Considera que, en España, las doctrinas marxistas pueden arraigar por su

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

parecido con la religión, pues “es la doctrina moderna que más se parece a la religión católica no en el qué desde luego, pero sí en el cómo de sus creencias. El marxista razona con suma frecuencia como el católico” (Madariaga, *España* 584). El futuro de España, de nuevo, está en el centro. Los extremos tendrán que ceder, pues tanto la experiencia de la extrema izquierda con la Constitución del 31 como la presente tragedia de la dictadura son enseñanzas para el país. Sólo hay una cuestión en la que no se ha de ceder, insiste: “respeto a la persona humana, libertad de pensamiento y gobierno con aquiescencia de los gobernados” (Madariaga, *España* 585).

Por último, reflexiona sobre las regiones españolas y las autonomías, que ya se estaban diseñando en la última edición del libro. Sobre éstas, opina que se ha de dar: “toda la libertad dentro de la unidad” (Madariaga, *España* 586). Pero éste es el tema del último capítulo.

5. ESPAÑA Y LO HISPÁNICO DESDE AMÉRICA

“Sabed que los hombres no pueden tomar posesión de la tierra sin
que la tierra tome posesión de los hombres”

(Madariaga, *La Cruz y la Bandera* 97)

Después de la guerra civil, Madariaga se exilió definitivamente de España, hasta su regreso después de la muerte de Franco. Fue entonces cuando comenzó su labor más intensa como escritor e historiador, en un periodo en el que se interesó especialmente por la historia de América. Se podría decir que, en estos años de exilio voluntario, Madariaga hizo un particular “descubrimiento de América”. Como veremos más tarde, no se trata de una metáfora. Para la mayoría de los españoles, la historia de América era prácticamente desconocida. Con su investigación histórica, Madariaga fue desarrollando un creciente interés por la historia del continente americano y, en concreto, por el Imperio español.

El objetivo de estos libros era, principalmente, esclarecer el periodo de dominación colonial española en América. Madariaga, como otros intelectuales de su época, consideraba que esta parte de la historia se encontraba llena de prejuicios y acusaciones falsas contra España. Historiadores y filósofos de pensamiento similar, como Américo Castro o Julián Marías, constataban también este hecho particular de la historia de España. Marías, en su libro *España inteligible*, mostraba cómo la imagen del país había quedado gravemente afectada por la negativa historia de la destrucción de las Indias:

“Se ha visto a España como un país «destructor», y esto ha hecho que se pase por alto que ha sido el máximo *constructor*, después de Roma; lo cual ha llevado a que no se comprenda lo que ha sido y es la América de lengua española (ni portuguesa), sobre la cual persisten concepciones que apenas tienen que ver con la realidad; lo cual engendra una distorsión gravísima en la visión del mundo” (Marías, *España inteligible* 20-21).

Esta distorsión se había producido, principalmente, por la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas. El problema historiográfico en conjunto, la «leyenda negra», era uno de las dificultades más graves a las que se enfrentaba la identidad española después de la emancipación de América. La expresión «leyenda negra», que fue descrita por primera vez por Julián Juderías en su trabajo *La leyenda negra y la verdad histórica* (1914), hacía que la mayoría de países consideraran a España como un caso excepcional en el desarrollo histórico:

“El ambiente creado por los fantásticos relatos que acerca de nuestra patria han visto la luz pública en casi todos los países (...) la leyenda de la España inquisitorial, ignorante, fanática, incapaz de figurar entre los pueblos cultos lo mismo ahora que antes, dispuesta siempre a las represiones violentas, enemiga del progreso y de las innovaciones, o, en otros términos, la leyenda que habiendo empezado a difundirse en el siglo XVI, a raíz de la Reforma, no ha dejado de utilizarse en contra nuestra desde entonces” (Pérez 8).

En apenas doce años, el libro tuvo siete ediciones. El término se extendió y creó una tradición historiográfica entre la que se encuentran nombres como Carlos Pereyra, Constantino Bayle, Rómulo D. Carbia, José Vasconcelos, Ricardo Levene y el propio Salvador de Madariaga (Keen 713). Quizás el libro más importante fue el publicado en 1963 por Ramón Menéndez Pidal: *El Padre Las Casas, su doble personalidad*, al que Madariaga hace referencia en varias ocasiones para demostrar la falsedad de los argumentos del fraile.

La leyenda negra, para muchos intelectuales, había producido consecuencias negativas no sólo en relación con otros países, sino dentro de la misma España. Seguir considerando a España como un país anormal producía una crisis interna, una división. Como dice Marías, “la Leyenda Negra introduce una vacilación en la mente de los españoles que tuvieron la responsabilidad de orientar e interpretar la configuración de España y su argumento en la historia.” (Marías, *España inteligible* 210). Sólo con una interpretación verdadera de la realidad de España se puede continuar su *proyecto histórico*. No sólo es importante saber qué ha sido España en el pasado, sino qué *puede ser*. La solución, para Marías, es intelectual:

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

“No hay una interpretación vigente de España que pueda sostenerse, por una radical deficiencia de nuestra historiografía hasta nuestro siglo, debida a la visión fragmentaria de la realidad española —quiero decir *hispánica*—, por el olvido de lo que España ha sido durante la Edad Moderna, por la proyección de inadecuados esquemas intraeuropeos en la interpretación de nuestro país” (Marías, *España inteligible* 211).

La respuesta de autores en esta línea, como Marías y Madariaga, se inserta en lo que se ha denominado «leyenda blanca» (Gibson), «leyenda rosa» (García Cárcel) o «dorada» (Blasco Ibáñez, Juderías). El coruñés consideraba que la conquista y dominación del territorio americano había sido más positiva que negativa, y por eso ensalzó la labor colonizadora de España como uno de los grandes logros de la humanidad. Argumenta que la historia del Imperio español está empañada por la visión negativa de los extranjeros. El enfrentamiento con tesis clásicas es uno de los rasgos característicos de estos libros, pues “la corriente del prejuicio es tan fuerte que ha sido necesario a veces nadar contra ella para permanecer a la altura de la verdad” (Madariaga, *El auge del Imperio español en América* 37). La reescritura de esa historia es necesaria, pues “en la leyenda negra hay quizá más ignorancia que malevolencia” (Madariaga, *Presente y porvenir de Hispanoamérica* 31).

Como dice González López, estas obras eran “una reivindicación contra quienes, unas veces en lengua española, sobre todo hispano—americanos, y en otras lenguas, particularmente la inglesa y francesa, desfiguraron y muchas veces falsificaron esa labor, no viéndoles en sus justos méritos, sino en sus defectos, para justificar sus depredaciones o incursiones en los extensos dominios del imperio español” (VV.AA. 162).

Como era de esperar, fueron éstos libros muy polémicos. Sin embargo, tal y como argumenta en sus *Memorias de un federalista*, esgrimir la pluma a favor de España no se debe a que el nacionalismo torciera su juicio, sino a que “el nacionalismo de las naciones antiespañolas, que son las más, ha torcido y sigue torciendo el criterio histórico general en contra nuestra” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 24). Las contradicciones entre la realidad y las proyecciones personales de Madariaga son constantes. Hay una búsqueda de equilibrio entre el mundo personal y el mundo

político. Como dice Rubén Benítez, Madariaga está “en constante polémica con aspectos de su propio ser; en polémica con España y con su cultura; en polémica con Europa toda. Gigantesco molino generador de batallas; todas fueron lanzas para él” (Benítez 29).

5.1. EL PROYECTO HISPÁNICO

Ya en *Ingleses, franceses y españoles* se había planteado Madariaga la posibilidad de escribir una historia de América. En la introducción al capítulo sobre la historia de la conquista señala que “hace falta escribir una nueva historia del asunto, historia que, sin omitir los errores cometidos, ponga de manifiesto las verdaderas proporciones de la colosal empresa” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 204). Desde esa fecha tan temprana, Madariaga ya está convencido de que el descubrimiento, la exploración y la colonización del Nuevo Mundo es uno de los hechos más grandes que ha realizado España. Sin embargo, esta epopeya todavía no ha tenido “un Homero digno de su grandeza” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 204). El uso y abuso de la información ha hecho que la opinión del mundo haya sido negativa. Por eso, se ha de proponer la escritura de una nueva historia, lejos de las críticas y los juicios europeos. Es interesante comprobar cómo, desde la publicación de *Ingleses, franceses y españoles*, Madariaga ya tenía ciertas ideas preconcebidas sobre cómo se produjo la conquista. Una de las más repetidas es la de que la colonización española se basó en el principio de igualdad de razas, consecuencia a su vez del fundamento religioso de todo el Derecho español. Esta igualdad es la que “explica la ausencia del prejuicio del color en el Imperio colonial español” (Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles* 205).

Hasta después de la guerra civil, momento en el que nuestro autor se exilia voluntariamente de España, no empieza a escribir los libros de historia americana. Como hemos visto, la guerra civil alimenta en parte la idea de que España es excepcional y que el conflicto está presente en toda su historia. En una época en la que, a decir de Madariaga, en el extranjero no se comprendían las “cosas de España”, decidió arrojar luz sobre uno de los episodios más oscuros de la historia del país.

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

En este trabajo se parte de la hipótesis de que el proyecto de redactar una historia de América tenía como fin último dar una visión más completa de la unidad del mundo hispánico. Madariaga consideraba que entre España e Hispanoamérica existe un vínculo muy fuerte por la cultura y la historia común, que denomina «mundo hispánico»:

“La unidad del mundo hispánico se debe a la cultura hispánica, no a su raza. Lo que hay de común entre un mejicano y un chileno no es la sangre —aún un cuando ambos la lleven de España—; es su modo de vivir y de ver” (Madariaga, *Dios y los españoles* 305).

Su idea de hispanidad se basaba, por tanto, en la cultura y la historia. El discurso de Ramiro de Maeztu, por ejemplo, le parecía desacertado. Explicaba que su Hispanidad se utiliza “para designar el espíritu del mundo de habla española interpretando de un modo algo anacrónico y sin tener en cuenta las hondas transformaciones espirituales por que ha pasado este mundo del siglo XVI acá tanto en América como en Europa” (Madariaga, *Dios y los españoles* 492). El ideario de la Hispanidad franquista, desarrollada en la misma época, tampoco le convenía. Sobre ésta escribe:

“Se puso de moda en Madrid hablar del Imperio español. Moda nada original (...) El Imperio español es una invención falangista. Las relaciones de España con América son puramente culturales y literarias, y ni a un falangista se le ocurriría imaginarlas de otro modo” (Madariaga, *Dios y los españoles* 492).

No era éste el ideario del coruñés. Para él, los países americanos forman una comunidad cultural con España, ya que en ellos “repercuten las vibraciones de España como en una caja de resonancia” (Madariaga, *España* 760). La influencia de los países hispánicos continúa incluso después de las independencias, porque los vínculos culturales y lingüísticos son aún mayores que los económicos. En *El auge del Imperio español* se explica cómo sigue existiendo este cuerpo, más amplio que una nación:

“Hacen la Historia formas colectivas de vida humana que llamamos pueblos o naciones (...) no hay mejor modo de comprender la Historia que poner de

manifiesto estos diseños colectivos de cada pueblo que en su conjunto forman un diseño humano general. Podría darse el nombre de cuerpo histórico a esta especie de entidad colectiva” (Madariaga, *El auge del Imperio español en América* 20).

Uno de estos diseños es el mundo hispano. España ya no forma parte de los países con poder en Hispanoamérica, pues como se dice en la primera edición de *España*, “como constructora de imperios, España se ha retirado definitivamente a la vida privada” (Madariaga, *España* 309). Mientras que Estados Unidos trata de organizar una agrupación panamericana que elimina a España, ésta está siempre presente de forma pacífica en el mundo americano. Con ello no obtiene ninguna ventaja política, sino que le sirve para “salvar la esencia de su civilización y lenguaje en el suelo en que los plantó” (Madariaga, *España* 309). Esa civilización es lo que Madariaga llama un “cuerpo histórico” o “diseño colectivo”, formado en este caso a través de la implantación cultural de una civilización en la tierra americana. Este cuerpo ya no es físico, material, pues la emancipación de América lo destruyó. La independencia de los países de Hispanoamérica es para Madariaga, como para Unamuno o Américo Castro, un episodio más del desmembramiento del poder central que se evidencia también en la Península durante los comienzos del siglo XIX. Sin embargo, al cuerpo hispánico le queda el espíritu: “El cuerpo político hispánico ha dejado de existir: el cuerpo histórico sigue viviendo, más o menos distraído” (Madariaga, *El auge del Imperio español en América* 21). Será éste el espíritu al que incansablemente se referirá nuestro autor para sostener los vínculos entre la península y el continente.

5.2. LAS BIOGRAFÍAS

Las tres biografías que escribe entre 1940 y 1951 son un fiel testimonio de las ideas sobre América que animaban al autor. Mientras que Colón y Cortés —representantes del carácter español más genuino— son héroes con un carácter universal, Bolívar tiene una caracterización más negativa por su egolatría y por ser el artífice de la independencia de América.

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

5.2.1. Cristóbal Colón

En *La Vida del Muy Magnífico Señor don Cristóbal Colón*, publicada en 1940 tanto en castellano como en inglés, Madariaga propone una nueva hipótesis sobre el origen del navegante. Éste habría nacido en Génova y sería descendiente de una familia de judíos de origen catalán emigrados desde el Levante peninsular. El personaje de Colón es retratado a través de sus vivencias, sus sueños, ambiciones y lecturas, más que por los hechos mismos. Se describen con más viveza los hechos exteriores que rodean la acción —acontecimientos políticos, sociales y culturales de la época— que los episodios de la vida del descubridor. Por ejemplo, la parte de descripción geográfica, climatológica y cosmográfica, apenas tiene relieve. Hay muchos temas que no se tratan en el libro, como los negocios personales del almirante, su fortuna personal y las relaciones familiares, etc.

Colón se presenta como un personaje oscuro, al que nunca llegamos a conocer. Gran parte del libro es una indagación sobre su posible hipótesis basada en su escritura, los sitios que visitó y sus amistades personales. Se le retrata como un idealista que nunca supo bien qué había descubierto, pues su destino era servir a la humanidad. Éste es un rasgo que comparte con Cortés y Bolívar, como veremos más adelante:

“La humanidad puede saber dónde va aun cuando sus adalides no lo sepan. Nada importó tu persona. Entre Europa y América, sólo fuiste un puente de carne dolorida. No descubriste América, que era lo que la humanidad buscaba; descubriste las Indias, que no existían más que en tu imaginación; y porque quisiste doblegar hacia ti aquel goce, el espíritu te negó acceso al conocimiento de lo que ibas haciendo y el continente no lleva tu nombre”
(Madariaga, *Vida del Muy Magnífico Señor don Cristóbal Colón* 495)

Lo importante era el gran designio, la unión de los continentes. Madariaga interpreta este viaje como el descubrimiento final del hombre que se encuentra a sí mismo. Lo que, desde un punto de vista humano, resultaba natural en el año 1492, era la conquista de África y el Mediterráneo por parte de los Reyes Católicos. Después de la conquista de Granada, todas las fuerzas históricas convergían hacia

África. Fernando e Isabel soñaban, al contemplar la Cruz y la Bandera, con llevar ambos símbolos (Cristo y el Imperio), a los reinos africanos, hasta Asia Menor y Grecia. Sin embargo, por las leyes inescrutables de la Historia, un hombre extraño como Colón “por un milagro de su fe, iba a apoderarse de aquella Bandera y aquella Cruz para llevarlas más allá de los mares —no al sur, sino al Oeste” (Madariaga, *Vida del Muy Magnífico Señor don Cristóbal Colón* 23)

Algunos autores han criticado errores en el uso de las fuentes, como considerar que algunas sólo se conocen en textos italianos cuando también están en español. También hay documentos que se descubrieron más tarde, como cartas de Colón a la reina Isabel, o una carta de John Day dirigida al genovés en la que daba cuenta de los viajes de Caboto. Sobre la cuestión judía, son varios los expertos que han apuntado defectos en la argumentación. Quizás la tesis menos consistente es la que se refiere al conocimiento del español desde la niñez, como replicó Menéndez Pidal, señalando que el español de Colón no se asemeja a ningún ejemplo conocido de castellano—hebraico (por lo que no habría sido educado en un ambiente sefardí) y, en segundo lugar, porque la primera lengua que Colón supo escribir fue el castellano (VV.AA. 172). Para historiadores extranjeros como Charles E. Nowell o Arthur S. Aiton, sus argumentos tampoco tienen suficiente respaldo histórico. En las siguientes ediciones, Madariaga rectificó algunos puntos que le había señalado Menéndez Pidal, pero continuó afirmando la tesis del origen sefardí de Colón. A pesar de los errores, Nowell elogia el estilo y la sinceridad del libro, que es correcto en el resto (Nowell 81), mientras que Aiton señala algunas omisiones importantes en la bibliografía (Aiton 249).

5.2.2. Hernán Cortés

Hernán Cortés, publicado en 1941, es quizás la biografía más conocida del autor. Para su redacción, Madariaga utiliza como fuente principal la *Historia verdadera* de Bernal del Castillo y la *Crónica* de Francisco Cervantes de Salazar, con las que entremezcla magistralmente su propia prosa. Su enfoque, como en el *Cristóbal Colón*, no es rigurosamente histórico. Esta es la biografía más relevante para la «idea de

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

España», pues su tesis principal es que Cortés representa, simbólicamente, el alma española.

La biografía se plantea como una representación del conflicto espiritual que se produjo entre dos mundos, simbolizados en Cortés y Moctezuma. La guerra entre civilizaciones no fue exclusivamente material, sino un enfrentamiento entre dos creencias distintas. Éstas se enfrentan por primera vez en la reunión de los dos líderes: “tras de cada uno de aquellos dos hombres se extendía un mundo de espíritu humano apartado del otro mucho más hondamente que por el mero accidente del lenguaje, viviendo, pensando, esperando, tejiéndose en la trama del tiempo y del espacio por hilos de vidas y muertes individuales en diseños tan diferentes de los diseños del otro como si se hubiesen encarnado en planetas diferentes del vasto cielo que sobre ambos se extendía” (Madariaga, *Hernán Cortés* 269). A continuación, describe las condiciones mentales, culturales e históricas de los dos continentes. La victoria definitiva del español sobre el mexicano se debió a la fe cristiana, basada en un sacrificio más perfecto que los de los aztecas. Era ésta una fe “nacida tras la muerte en Palestina del Hijo del Hombre en cuya luz avanzaba con paso firme y seguro. Aquel sacrificio había lavado los pecados del mundo y abolido los demás sacrificios; había hecho del hombre un espíritu universal y de la Tierra un hogar humano” (Madariaga, *Hernán Cortés* 270).

Se contrapone esta fe con la crueldad de los sacrificios humanos aztecas. A lo largo del libro, son varios los momentos en los que los soldados españoles destruyen los ídolos y altares indígenas tras una consideración espiritual sobre la verdad de la fe cristiana, más humana y verdadera. Tras la conquista de Cholula, los españoles derriban las estatuas de un templo y elevan una imagen de la Virgen. Sustituyen una creencia por otra, más pacífica, en “la madre y el niño, símbolos de ternura y debilidad, de promesa y abnegación, en vez de sangrientos dioses” (Madariaga, *Hernán Cortés* 133). Por eso, para Madariaga, la victoria de los españoles sobre los indios se debió a que su fe era superior: “la razón verdadera de la derrota mexicana fue que su fe sucumbió ante una fe más firme” (Madariaga, *Hernán Cortés* 272).

Cortés simboliza la grandeza del ser humano por su libertad y su grandeza de espíritu. Para Madariaga, la conquista es movida sólo por intereses de carácter

religioso o espiritual; los intereses materiales no son tan importantes y el oro que se busca dentro de ese propósito general no importa como riqueza, sino por la grandeza que confiere. El autor omite, como es evidente, el juicio sobre la crueldad de las matanzas o la dureza con que trató a sus propios hombres. Como muchos de los grandes héroes, también Cortés cayó víctima del juicio posterior de la Historia y murió injustamente condenado, como símbolo de la tragedia del hombre:

“La pobre humanidad es cruel devoradora de sus propios héroes, a quienes condena a malgastar tesoros de energía y abnegación en gestos de trágica incoherencia para con los fines que ella misma persigue. Grande por sus hechos, más grande por su trágica vida, Cortés es símbolo adecuado de la tragedia del hombre en la tierra” (Madariaga, *Hernán Cortés* 562)

La tragedia más dolorosa es, para Madariaga, el hecho de que Cortés sea visto por el México actual como un villano. El ideal de Cortés, que sería hacer una nación de ambos pueblos, queda ensombrecido por el relato de sus atrocidades. En cambio, para muchos historiadores, Cuauhtémoc es el héroe. Este defecto en la historiografía del país es lo que llama la “cuautemoquización” de la Historia. En concreto, hace una crítica al libro *Posdata*, de Octavio Paz, en el que se da “cierta inhibición que le impide apoyarse en fuentes españolas y aún estudiarlas” (Madariaga, *Dios y los españoles* 256). Madariaga defiende la tesis contraria: los tres siglos de dominación española no fueron una “interrupción” en la historia de México, sino un nuevo comienzo. Su tesis es que “los méritos y culpas de la conquista y civilización europea de Hispanoamérica corresponden mucho más a los hispanoamericanos que a los españoles, aunque discrepe en cuanto a llamar «asesinos del mundo prehispano» a quienes, como la Conquista lo demuestra, fueron nobles y dieron tanta sangre como tomaron y con menos crueldad, dicho sea en defensa de los antepasados de Octavio Paz” (Madariaga, *Dios y los españoles* 259-260). La revisión histórica de Madariaga se encamina a buscar la verdad histórica no sólo de España, sino del continente americano. El pasado nacional de México no sólo no ha de olvidarse, sino que se ha de aceptar tal y como sucedió:

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

“Y el que (como Octavio Paz hace con tanta honradez y gallardía) aspira a que Méjico llegue un día a expresar su verdad más honda, tendrá que comenzar por la verdad de la sangre. En la carne, español es Méjico por lo menos tanto como indio; mucho más indio en el espíritu. Hora es de que deje de llamarse latinoamericano y que deje de apartar la vista de Cortés; que mal se podrá encontrar a sí mismo quien evita mirar a su padre” (Madariaga, *Dios y los españoles* 260).

El *Hernán Cortés*, como el *Cristóbal Colón*, recibió críticas diversas. Por una parte, literatos como Luis Cernuda la elogiaron ampliamente, mientras que, por otra, los historiadores la acusaban de falta de rigor. El *Cortés*, examinado desde el punto de vista literario, consigue revivir con gran viveza la vida del conquistador. Por eso, al terminar su lectura, Cernuda escribía a Madariaga: “como el Cid después de muerto, su Cortés también gana batallas, y en esta reencarnación por obra y gracia de usted me ha conquistado a mí de este vasto imperio del aburrimiento. En tres noches he leído el libro y lo único que siento es haberlo acabado”⁴. El valor de la obra es, ciertamente, más literario y cultural que historiográfico. El autor se preocupó más por representar el mundo mental, ideológico, de Cortés y Moctezuma, que de los hechos fundamentales. El libro se mueve en el plano de las ideas más que en el de los acontecimientos. Sin duda, el *Cortés* consigue revivir al conquistador, pero omite o pasa de largo por algunas circunstancias históricas fundamentales. Desde el punto de vista historiográfico, Henry R. Wagner advierte la omisión de obras capitales, como el *Tratado del descubrimiento de las Indias* de Juan Suárez de Peralta, y denota una falta de rigor en el juicio del conquistador, especialmente en las matanzas de Cholula o Tepeaca (Wagner 913).

5.2.3. Bolívar

De las tres biografías, ésta es la más extensa y documentada, compuesta por dos volúmenes de más de quinientas páginas. Fue el libro más polémico de todos, ya que su protagonista se describía como un paladín de la reacción anti—española y

⁴ Carta del 8 de enero de 1942.

pro—anglicana en las colonias. Su publicación despertó las protestas de los historiadores venezolanos, que reunieron varios artículos en un volumen titulado *Estudios sobre el «Bolívar» de Madariaga*.

Bolívar es descrito como “un alma disociada” en la que fluyen las tres sangres del Nuevo Mundo: blanca, negra e india. Madariaga identifica cada una de estas sangres con una tradición, un mundo mental, una especie de “Weltanschauung” que influye en el los pensamientos y acciones del héroe. Los tres mundos, que se describen también en *El auge y el ocaso del Imperio español en América*, tienen unas implicaciones sociales y políticas determinadas. Como blanco, Bolívar era heredero de una tradición de poder, representada por el conquistador y el fraile. La labor de éstos en el Nuevo Mundo había sido “una de las más hermosas de la Historia, tan hermosa, que ni aún la corrupción y los crímenes que la empañaban en los siglos XVII y XVIII logran disminuirla” (Madariaga, *Bolívar* 185). El mundo negro le llevó a la rebelión por su trasplante cruel a otra tierra. El elemento indio, por su parte, se mostraba en una cierta pasividad, de tristeza, en los momentos de reposo. Su faceta más rebelde se muestra en el elemento mestizo, en el que conviven el conquistador y el conquistado. El mestizo es el que se encuentra en un equilibrio inestable, en una tensión que a veces tiende hacia la vertiente blanca y otras hacia la india del ser.

Esta teoría sobre las razas, que define en gran medida la personalidad de Bolívar, aparece también esbozada en las memorias de *Amanecer sin mediodía*. Sobre la mezcla de razas, se inclina por lo que denomina un “precepto equilibrado”, que formula de esta manera: “conviene mezclar dentro del color. No conviene mezclar allende las lindes del color”. Y, a continuación, desarrolla una teoría sobre la idoneidad de no mezclar las sangres: “creo que la mezcla entre variedades distintas de blancos, amarillos, negros, conviene y tiende a mejorar la estirpe; en general, el anglo—francés, el ítalo—alemán, el hispano—sueco; como el sino—japonés, suelen dar de sí más que lo que aportan los progenitores. y sospecho que la causa se debe a un factor relativamente sencillo. La voluntad y la inteligencia viven en la sangre. Al mezclarse dos sangres distintas, se establece entre ellas un diálogo de las dos mentes y de las dos voluntades. Si las sangres difieren bastante para que haya diálogo, y no bastante para impedirlo por incompreensión mutua, este continuo dialogar, por fuerza, actuará

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

como un estimulante, y tanto la inteligencia como la voluntad del híbrido saldrán agudizadas. Por la misma causa, si se mezclan dos sangres demasiado distintas o remotas, el diálogo morirá de incompreensión, se crearán tensiones síquicas peligrosas y la hibridación llevará al fracaso” (Madariaga, *Amanecer sin mediodía* 102-103). Como es evidente, la sangre de Bolívar, totalmente mestiza, le dota de un carácter complejo y desmesurado, que tiende hacia los extremos sin equilibrio. Lo cierto es que, como dice el profesor Rubén Benítez, “Madariaga no comprende, a pesar de su interés por México y por las descripciones coloridas de su población aborigen, el esencial fenómeno del mestizaje” (Benítez 35).

La unidad de las tres biografías americanas se encuentra en la trascendencia de la vida humana dentro de la Historia universal. En un discurso imaginario que pronuncia Bolívar en el epílogo del libro, equipara los tres personajes:

“Los tres pisamos las tablas de la Historia con el pie firme de los creadores de su propia estirpe, ávidos de fama y de gloria. Los tres fuimos meros instrumentos de Algo que ni aún ahora nos ha sido dado penetrar (...). El hombre propone y Dios dispone, dice un refrán, nuestro como español. Ni Colón se descubrió a sí mismo, ni Cortés se conquistó a sí mismo, ni yo me libté a mí mismo; ni este que ha querido explicarnos a los tres sería capaz de explicarse a sí mismo ni de vislumbrar cómo repercutirá en la Historia el tríptico de tragedias que ha trazado con nuestras vidas” (Madariaga, *Bolívar (II)* 471)

El autor se pregunta si esta tragedia es un éxito o un fracaso. Si se mide con criterio económico, no se encuentra en la Historia un ejemplo de fracaso mayor. Sin embargo, sobrevive en muchos aspectos el cuerpo hispánico. No sólo hubo un legado rico en cultura y civilización, con pintura, música y arquitectura, sino que queda vivo el lenguaje, “con los modos de pensar y sentir que cría en el ser” (Madariaga, *De Colón a Bolívar* 380). La empresa de la conquista española no fue tanto fracaso si se reconoce con honradez la riqueza y complejidad de la historia de América.

5.3. EL CICLO HISPÁNICO

El ciclo hispánico se compone de dos libros publicados por separado y reunidos en un mismo volumen en 1958. Éstos eran *El auge del Imperio Español en América* (1956) y *El ocaso del Imperio Español en América* (1956). Se trata de dos obras en las que el autor trata de rebatir unos prejuicios universales: “no se trata de defender ni de atacar, ni de alegatos ni de elogios. Hechos honradamente registrados y deducciones lícitamente razonadas —y nada más” (Madariaga, *El auge del Imperio español en América* 37). Ante todo, esta labor requería del autor un sometimiento a la verdad que, en ocasiones, se oponía a su propia opinión. Él mismo tuvo que luchar contra sus prejuicios, preferencias y preconcepciones, pero “los hechos se oponían y hube de inclinarme a la verdad.” (Madariaga, *El auge del Imperio español en América* 38).

El método para redactar estos dos volúmenes de más de ochocientas páginas es fundamental para entender los aciertos y errores del escritor. Dominan dos rasgos principales: el idealismo en la visión de la Historia y el crédito ilimitado a la veracidad de las fuentes españolas. Madariaga escribe sobre la historia de América desde una perspectiva que podríamos denominar “de ideas”, por cuanto se desarrolla a través de leyes, costumbres, prejuicios e instituciones. El motor de la Historia es, por tanto, la libertad individual, encarnada en unas determinadas formas. Éstas serían las instituciones, las leyes, el gobierno a través de cabildos, las audiencias, etc.

Un ejemplo de estos rasgos se encuentra en el relato de la historia de la esclavitud. Para ello, Madariaga toma como principal referencia las reales cédulas de la Corona, que protegían a los indios. Para él, sólo con la decadencia de la fe religiosa a finales del siglo XVII, comenzaron los abusos de poder (Madariaga, *El auge del Imperio español en América* 144). Sin acudir a las fuentes económicas, sociales y demográficas, el autor se fía de los testimonios verbales de la época como guía para su investigación. En este caso, quedan bien reflejados los dos rasgos descritos anteriormente: la “historia de las ideas” como motor de la historia y el uso principal de fuentes testimoniales.

Se observa el idealismo, nuevamente, en la descripción de los conquistadores como grandes hombres que no buscaron tanto el oro, las armas y el poder, como la fuerza moral de la autoridad legítima y la gloria personal. Como los habitantes de los virreinos, tenían también un sentido de la ciudadanía. Aquel territorio apartado fue

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

escenario de la lucha entre la fuerza cohesiva del derecho y el fiero individualismo de los españoles. La crisis a partir del siglo XVII se explica por una decadencia religiosa. Los españoles sintieron menos la voz del deber religioso y empezó a reinar la anarquía. Fue la extensión de la anarquía el factor principal que dio fin al Imperio español. En cuanto a la Inquisición, afirma que no fue especialmente bárbara para el nivel general de la época. En comparación con la caza de brujas que se dio entre los franceses o los ingleses, la institución española fue mucho menos cruenta.

Uno de los temas más recurrentes de estos dos libros es la comparación entre los grandes imperios: España, Inglaterra y Francia. Su tesis principal es que era necesario para Inglaterra, Francia y Holanda hacer una propaganda negativa de España, que estuvo enfrentada a todos estos países durante tres siglos prácticamente sin tregua. Era necesario que España estuviera equivocada para que Francia, Holanda e Inglaterra, y más tarde Estados Unidos, tomaran el relevo del Imperio. Éstos utilizaron dos argumentos contra España: que ésta reclamaba para sí el monopolio del Nuevo Mundo y que los españoles trataban a los naturales con suma crueldad. Sin embargo, el monopolio estaba justificado, ya que el resto de países hacían lo propio con Asia, África y América, y la crueldad no fue mayor ni menor que la de otra nación europea. Para Madariaga, España, como nación, “resalta en la historia como la más humana e inteligente de la historia de aquellos días” (Madariaga, *El auge del Imperio español en América* 162-163).

En comparación con las colonias inglesas, francesas y holandesas, el español (también el portugués y el hispanoamericano) “desarrolla los valores que Madariaga y Castro denominan verticales; mientras que los ingleses y norteamericanos se preocupan por los valores horizontales de la personalidad” (Benítez 30). La dimensión horizontal se refiere al incremento de la vida material, a la economía y el gobierno. Los valores horizontales son propios del mundo protestante. Inglaterra, Estados Unidos han desarrollado esa dimensión horizontal en detrimento a veces de la personalidad del individuo. Otro español exiliado en Inglaterra, Luis Cernuda, escribía durante su exilio en Glasgow que los protestantes “que cubren el mundo de fábricas y en ellas consumen sus vidas” (Cernuda, *Poesía completa* 631). Por el contrario, el mundo católico, mucho más pobre y desprendido, es el mundo del

espíritu. España, en cambio, tiende a despreciar los valores horizontales y busca la verticalidad: las creencias y las aspiraciones ideales, con olvido de las realidades materiales y de la vida societaria. Esto hace afirmar al autor que en Inglaterra había una xenofobia que, en España, parece que no hubo. En este sentido, Madariaga indaga en la historia las razones que produjeron en España el desequilibrio entre las tendencias espiritualistas y el desarrollo de las técnicas (Benítez 28).

La crítica de estos libros, quizás los más polémicos por ser propiamente libros de historia y no biografías, con más o menos intuición personal, ha señalado la visión de “leyenda blanca” que impera en la descripción de las Indias. Son una muestra más de ese idealismo con el que Madariaga juzgaba la historia de España, en el que primaba la apología del país frente al extranjero frente a la descripción desapasionada de los hechos. El lector sabe desde el comienzo del libro que el autor no pretende hacer una historia socio—económica al uso, sino mostrar, desde una percepción muy personal, el valor de la historia de la América hispana. En palabras de Benítez, “la obra de Madariaga es la expresión última del idealismo español que desde el siglo XIX percibe a Hispanoamérica como una prolongación de España, valiosa sólo en cuanto reproduce los valores abstractos de la hispanidad” (Benítez 38).

5.4. EL FUTURO DE HISPANOAMÉRICA

Dos títulos de ensayos completan el entramado del estudio hispanoamericano: *Presente y porvenir de Hispanoamérica* (1949) y *Latin America between the Eagle and the Bear* (1962). El primero es una propuesta de futuro para la comunidad Hispanoamericana. El segundo libro, que aquí se estudia en su versión francesa, trata sobre la creciente influencia del comunismo en América Latina.

Presente y porvenir de Hispanoamérica es un intento de conciliación de posturas sobre la unidad de los pueblos hispanos. Hoy en día, la política internacional se mueve en grandes escalas, ya no de nación—Estado, sino de Continente—Estado. En este panorama actual, los países de América del Sur no tienen una organización suficientemente fuerte como para hacer frente a grandes bloques como el norteamericano o el soviético: “hoy, la familia hispana, dispersa en sus dos docenas

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

de soberanías, no representa apenas en la historia papel positivo y activo. Tan sólo ejerce una función pasiva, de objeto más que de sujeto de la Historia” (Madariaga, *Presente y porvenir de Hispanoamérica* 10). Pero, ¿cómo encontrar la unidad en más de una docena de países independientes?

Madariaga considera que las tres corrientes unitaristas que crecen con fuerza —la hispana, la panamericana y la indigenista— se equivocan al eliminar el elemento hispano. En primer lugar, critica la corriente de unión de la *hispanidad*. Ésta parece manifestar una querencia por el Antiguo Régimen, con el resultado de que Hispanoamérica sería católica a machamartillo, aristocrática y engolada. Sin embargo, se equivocan: “lo que no ven los de la Hispanidad es que tradición y progreso son uno y lo mismo. Quieren que en España y toda Hispanoamérica vuelvan a los Reyes Católicos; y no se dan cuenta de que los Reyes católicos a fuer de tradicionales, fueron unos reyes progresistas que cambiaron radicalmente la vida de España” (Madariaga, *Presente y porvenir de Hispanoamérica* 15).

La segunda unidad sería a través del panamericanismo, es decir, bajo la dirección de los Estados Unidos. Lo compara con el pangermanismo, que absorbe las diferencias culturales y concluye que “si los países hispanos han de subsistir como tales y no llegar a degenerar en cosa híbrida, ni ánglica ni hispánica, a lo New Mexico, tendrán que transfigurar el panamericanismo constituyendo al ser una fuerza federada de dimensiones suficientes para tratar de tú al norte, quitándole así al panamericanismo su índole unilateral” (Madariaga, *Presente y porvenir de Hispanoamérica* 17). Por último, el indigenismo también le parece inadecuado por ser excluyente de blancos y adolecer, en este sentido, de un resentimiento histórico.

Se reafirma en que “la única base de unión en la familia iberoamericana es lo ibérico; y en la familia hispanoamericana lo español” (Madariaga, *Presente y porvenir de Hispanoamérica* 18). Por eso, el reconocerse como herederos de una tradición española, y, por tanto, europea, es una necesidad cada vez más urgente en estos países. Julián Marías, de forma semejante, expresaba:

“Para los países hispánicos de América, la mayor tentación ha sido el intencionado mito de «Latinoamérica», palabra acuñada, con propósitos

políticos, a mediados del siglo XIX, y cuya falsedad se revela en el hecho de que nunca se incluye en ella Quebec; esta expresión finge una *unidad suficiente sin referencia a España*, es decir, al principio efectivo de la vinculación de sus miembros entre sí. Si se elimina el ingrediente español en los países hispánicos, se volatiliza toda comunidad histórica entre ellos, desaparecen las raíces compartidas, y con ello toda conexión social que pudiera llegar a articularlos en un mundo coherente” (Marías, *España inteligible* 414)

Esa falta de referencia al elemento común, que es España, provoca en estos países lo que Madariaga denomina una “carencia de ser”, que provoca la confusión de identidades. Ello ha generado, especialmente por la influencia norteamericana, un vacío cultural, una falta de referencias espirituales. La solución de estas naciones se encuentra en el abandono de las formas e instituciones extranjeras, derivadas y traducidas del mundo anglosajón. Hispanoamérica deberá “perseverar en su ser; esforzarse en estudiar su propia vida colectiva y en ir creando sus instituciones en armonía con sus costumbres y necesidades, por medio de una sociología objetiva” (Madariaga, *Presente y porvenir de Hispanoamérica* 44). El problema del elemento común es que la referencia a España siempre es conflictiva:

“Il n’est pas facile d’être espagnol. Le fardeau de l’histoire qu’on doit porter est suffisamment lourd. Plus lourd encore le fardeau de la légende” (Madariaga, *L’Amérique latine entre l’Ours et l’Aigle* 71)

El último libro de esta serie, *L’Amérique latine entre l’Ours et l’Aigle* (*Latin America Between the Eagle and the Bear*, no publicado en español), trata de nuevo el problema del auge del comunismo en Latinoamérica. La solución para este conflicto es que las naciones hispanas tengan como referencia un país europeo y americano a la vez, como España, que es su madre patria. En él, hace breves consideraciones sobre el estado de cada país, pero no es el objeto de este trabajo. Basta con subrayar que, para él, España ha de jugar un papel importante en la inserción de la América Latina en el ámbito europeo-liberal.

⁵ “No es fácil ser español. La carga de la historia que tenemos que llevar es suficientemente pesado. Y aún más pesada es la leyenda”.

6. ESPAÑA DIVIDIDA: FEDERALISMO Y SEPARATISMO

En los últimos años de su vida, Madariaga vio cómo crecían con fuerza los movimientos separatistas en Cataluña y el País Vasco. En 1967 publicó *Memorias de un federalista*, un libro de memorias que recorre toda su vida a través del hilo conductor del pensamiento político del federalismo. El propósito de la obra no era exclusivamente autobiográfico, sino dar su perspectiva política de la historia del nacionalismo en España a través de su testimonio personal. En la introducción se nos dice que su pretensión es “acercarme con la vida, y no meramente con la lógica y la polémica, al problema para mí más grave de cuantos asedian a España: el de su pluralidad frente a su unidad” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 9). El autor se asombra de que esta cuestión fundamental reciba escasa atención para la importancia que tiene. Rechazando la visión nacionalista-franquista que niega la pluralidad del país, decide abordar la cuestión desde la óptica del liberalismo clásico. El problema, como ya había expresado anteriormente, tiene más importancia de la que se le da en la España de Franco:

“Cabe argüir que el día de la liberación de España coincidiría con el de la autonomía más amplia y generosa para con el País Vasco y Cataluña si no lo estorbara el separatismo. Este fenómeno aflige por igual a vascos y catalanes, dos de los pueblos más activos de España, y por lo tanto conviene que todos los españoles lo conozcan bien” (Madariaga, *General, márchese usted* 248).

Madariaga anticipa en este libro uno de los más graves problemas a los que se ha de enfrentar la democracia en los años posteriores: la unidad frente a la pluralidad del país. En las memorias, aboga por la necesidad de organizar el país en forma federal y expresa su “temor de que se malogre este programa por el extremismo español, menos a causa del centralismo —que, en sí, ya va de capa caída, que por el potente estímulo que recibe, y más aún por el que recibirá el separatismo” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 9). Aunque escribe en el año 1967, vislumbra el peligro del separatismo creciente en las regiones españolas: “es ya mi convicción añeja y meditada que, si no acudimos a atajar el mal unos y otros, el separatismo de vascos, catalanes y gallegos (por el orden de gravedad) podría muy bien desguazar el viejo

galeón que es España. A todos nos toca evitar a los españoles –y aún a todos los europeos— tamaña catástrofe” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 13).

6.1. LA EXPERIENCIA DE ESPAÑA

Los primeros capítulos de las memorias repasan los años de infancia y juventud en España, Francia e Inglaterra. Durante estos años de maduración, se hace cargo de la complejidad del sustrato nacional español, de la pluralidad que existe en la península y de los falsos supuestos históricos sobre los que se basa una parte del nacionalismo español. Aunque nacido en La Coruña, se siente profundamente español y defiende que, para ser español, no es necesario proceder de Castilla, pues su familia procede de las más diversas partes de la península, hasta el punto de afirmar que “hasta ahora, pues, no se halla en mi árbol familiar ni una raíz castellana” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 18). Su educación, entre otras cosas, siempre fue bilingüe.

El tercer capítulo relata la primera salida de Galicia a Madrid, que implica un cambio radical en su vida. Es entonces cuando se da cuenta, por primera vez, de su desconocimiento histórico de la historia de España. Sólo en París, un año más tarde, comenzó a ver España desde fuera. Gracias a esta distancia, “fui adquiriendo una postura internacional o quizás más exactamente, humana y mundial, aún para las cosas de mi España” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 24).

Después de licenciarse como ingeniero en París, vuelve a Madrid y viaja durante un tiempo por la península. Recibe el impacto de *las Españas*, con sus diferencias y matices. Esta experiencia, unida a la lectura de Unamuno, que se convierte en su guía espiritual de lo que considera “el alma española”, lo reafirma en lo que denomina la “experiencia plurinacional” del país. Este viaje, tanto desde el punto de vista intelectual como vital, es definitivo en su percepción del «ser de España».

Durante su estancia como periodista en Londres, conoce a varios líderes independentistas irlandeses, con lo que propone una comparación con las regiones españolas. El parecido, que a primera vista puede ser claro, no es tal. Irlanda tuvo un desarrollo histórico más traumático que el español: fue un país oprimido por otro totalmente externo. En España, por el contrario, la evolución histórica de los reinos

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

se había efectuado “con mayor respeto que la francesa o la británica para con la pluralidad de naciones del país” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 45).

Los capítulos siguientes describen la polémica catalana en torno al separatismo. Su postura ante éstos es clara: “estimo que es un error serio el que cometen aquellos catalanistas y vascos que reducen a España al rango de mero Estado, puesto que imagino que un Estado puede no pasar de ser un mero mecanismo de gobierno” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 50). En aquellos años escribe *España: ensayo de historia contemporánea* (1931), en el que se posiciona a favor de una España plurinacional. Tomando como modelo a Inglaterra, propone un gobierno de abajo arriba, con un gobierno local fuerte y un Estado descentralizado. Además del libro, durante esa época escribe también varios artículos bajo el seudónimo de Sancho Quijano. Algunos lo sitúan en el centro de fuertes polémicas con periódicos catalanes como *La veu*.

Podría dividirse el libro en dos partes diferenciadas: en la primera, hasta el capítulo undécimo, el autor relaciona aquellos acontecimientos que considera fundamentales en su vida para la comprensión del fenómeno nacional y España. En la segunda, que continúa hasta el final, narra las polémicas con algunos intelectuales, políticos y artistas catalanes y vascos. Dichas discusiones son en algunos casos en reuniones del gobierno republicano en el exilio, en cartas al director del periódico o por relaciones epistolares. Los argumentos tienen, por lo general, un carácter histórico, político y cultural. La primera de las divergencias es con su amigo Batista i Roca, que defiende la existencia de una nacionalidad catalana definida desde antes de la Edad Media. La respuesta de Madariaga es, a su vez, histórica, pues “mientras no se pueda ofrecerse nada mejor para las relaciones con Cataluña que las sucesivas y contraproducentes conquistas militares en los últimos trescientos años —1652, 1714, 1939— será muy difícil que ella y las otras nacionalidades, incluyendo Portugal, se avengan a recrear la entidad histórica peninsular a que usted se refiere. Transcribo esta frase porque en ella se echa de ver el meollo mismo del separatismo, que consiste en imaginar como consecuencia lo que es causa” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 80). La tesis de Madariaga es que afirmar la existencia de una nación catalana antes de que existiera la noción misma de nación (en cuanto noción surgida

en el siglo XIX), e incluso de la unidad política, es tan arriesgado como manipulador para con la historia.

Con ello, no obstante, no pretende oponerse a la existencia de Cataluña, sobre la que escribía —en la primera edición de *España*— que el centralismo de Primo de Rivera había sido mezquino y alababa la actitud del libro *Por la concordia* de Cambó (Madariaga, *España* 306). Ello no quita para que, en muchas ocasiones, como durante la II República, “el catalanismo, aun en los mejores catalanes, hondamente español, cae con frecuencia en un separatismo políticamente reaccionario, negador de España” (Madariaga, *España* 330).

En los capítulos catorce a dieciséis describe la polémica con otros dos historiadores catalanes: Trueba, con el libro *The spirit of Catalonia*, y Boch Gimpera, *La Historia de Catalunya*. Utilizando tanto a los clásicos Vicens Vives como al joven John Elliott o Sanabre, dirige una serie de críticas a la simplificación histórica que suponen estas obras. En especial, critica la ignorancia histórica de los citados en Edad Media. Considera a Maravall en *El concepto de España en la Edad Media* como el mayor experto en la materia. Éste es “uno de los más serios, científicos y convincentes que han salido de la España de hoy” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 109). En otro libro de la época, *La causa del pueblo vasco*, de Landaburo, se afirma que Simón Bolívar era vasco, lo cual es motivo de burla para Madariaga, pues “llamar vasco a Bolívar es sencillamente burlarse de los lectores” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 134).

En materia política, discute con Manuel de Irujo por la cuestión vasca y con Josep Pi-Sunyer por la catalana. Mientras que éstos consideran la dictadura de Franco como una opresión de Castilla sobre Cataluña y Euskadi, Madariaga, como el resto de los españoles, ve una opresión de una parte de España sobre el resto. Por eso en esa época se funda el Movimiento Europeo, que vino a constituir “lo que el Gobierno de la República en la emigración no había logrado ser: el único organismo en el que se hallaban representados todos los colores del arco iris político español menos los totalitarios, comunistas y fascistas” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 112-113). Quizás la polémica más importante tiene lugar con el presidente del País Vasco en el exilio, José Antonio Aguirre. Éste escribe a Eisenhower una carta de estilo victimista,

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

a la que Madariaga replica haciendo ver al presidente la necesidad del federalismo en el país. Varias cartas encendidas terminan con el silencio del vasco.

A través de otras polémicas, como la de Rovira i Virgili, se puede entrever el pensamiento nacional de Madariaga. Una de las grandes críticas que le hace, por ejemplo, es la utilización de la lengua como elemento definitorio de la nación: “Si hay algo seguro en la experiencia humana es que la historia y la geografía significan mucho más que la lengua” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 119). La historia, para Madariaga, es más definitoria de la vida nacional que la continuidad de una lengua dentro del territorio. En este sentido se opone al nacionalismo clásico, que tiende a establecer la homogeneidad cultural como un requisito para que el Estado sea verdadero y racional. Como dice el profesor Alfredo Cruz, sucede “de forma semejante a como el Estado confesional postulaba como una necesidad la homogeneidad religiosa. Del «cuius regio, eius religio», se pasa al «cuius regio, eius lingua»” (Cruz Prados 211).

El separatismo, como se ha visto, es uno de los grandes males que afligen a España. Uno de sus motores es el “deseo de sacudirse toda responsabilidad en el fracaso histórico de España”. Por eso se ha escrito una historia con parcialidad manifiesta, en la que se utiliza un chivo expiatorio que ha variado con el tiempo. Sin embargo, “todos los españoles somos responsables de la historia de España, y sólo escribiéndola con parcialidad manifiesta cabe encontrar una víctima expiatoria” (Madariaga, *General, márchese usted* 250).

6.2. FEDERALISMO Y LIBERTAD

Los últimos capítulos del libro son un intento de aplicar esa noción nacional de “experiencia humana” a España. Él cree que se ha de dar “una honda descentralización, a fin de que cada reino recobre la dirección de sus asuntos, para liberar al espíritu creador de pueblos tan diversos y tan originales” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 125). Su tesis, también formulada en *Anarquía y jerarquía*, es una aspiración a una España “donde vivan a sus anchas doce o catorce ‘países’, cada uno con su parlamento y su universidad, y si lenguaje si lo tienen a reserva de que el

castellano sea la lengua franca de todos los españoles. Estimo que el obstáculo para realizar este plan es doble: el centralismo excesivo y el separatismo. El uno se nutre del uno y el otro del uno” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 149). El federalismo es, tal y como se expresa en las memorias, una solución intermedia entre el centralismo y el separatismo. Se formula claramente en los siete puntos del capítulo 24 que se resumen a continuación:

1. “La historia de España se torció con la venida de los Borbones en 1700”. Mientras que Francia es unitaria, España fue siempre multinacional. El sistema francés en suelo español es un fracaso.
2. En el libro *De la angustia a la libertad* propone que España sea “una organización federal de doce o catorce «países» que sólo pondrían en común lo que en común tuvieran”.
3. Los obstáculos del federalismo serán el centralismo y el separatismo. El centralismo, prevé, está de capa caída. El separatismo, en cambio, resurge.
4. Hay motivos históricos para confiar en que cada pueblo español tenga su propia gestión no sólo cultural, sino política; “pero no hallo en la historia nada que justifique los disparates que se imprimen desde Sabino Arana para acá”.
5. El país vasco es el tronco y la raíz del roble español: su separación equivaldría a la muerte de España.
6. La actitud de los vascos es injustificada, pues tienen tanta responsabilidad como el resto de españoles para con España.
7. Sin España, tanto el País Vasco como Cataluña “caerían al nivel de colonias francesas”. Por esta razón, la integración en Europa ha de hacerse a través de una pirámide de federaciones, desde los municipios hasta la nación.

La solución federalista será cara, porque multiplicará la burocracia, creará ambientes distintos de legislación, etc. Pero la ventaja principal será la creación de “suficientes centros de poder como para hacer difícil una dictadura, a la vez que dará base a cualquier brote de indisciplina y separatismo” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 180). El federalismo, por tanto, no sólo es una alternativa al problema del

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

separatismo, sino a la misma estructura política de España, que tiende hacia los extremos.

Para establecer el sistema, un elemento central es la educación. Hay que educar especialmente al nacionalismo separatista, “elevándolo por encima de su nivel racial (animal) en el que hoy vive hasta el plano espiritual que es el histórico. Si no lo logramos, veo para España días de vergüenza y sangre que desemboquen o en otra dictadura o en una balcanización de la Península que, ya bien trinchada, se la comerán todas las grandes potencias; si lo logramos, podremos hacer de *toda la Península* una familia bien acomodada dentro de la familia europea”. Por eso, concluye que para España “no hay otra esperanza que la federación” (Madariaga, *Memorias de un federalista* 156). Aunque no es el objeto de este trabajo, Madariaga también proyectó su esperanza en la formación de una federación europea. La unidad del continente se produce gracias al desarrollo histórico de una cultura de libertad y de vida intelectual. Para él, Europa “es el mapa espiritual del mundo, es un río de cultura que nace de la confluencia de Sócrates con Jesucristo” (Madariaga, *El sentido de la diversidad* 226). El futuro de España y Europa consistirá, por tanto, en un retorno al origen de su civilización: la vida del espíritu.

6.3. ¿NACIÓN DE NACIONES?

Madariaga recopiló una gran parte de sus artículos de los últimos años en un libro titulado *Cosas y gentes*. En el primer tomo, *El libro de los prohombres*, retrata varios personajes que aparecen en su obra, tanto históricos (Colón, Bolívar, Las Casas) como literatos o artísticos (Shakespeare, Picasso) y algunos contemporáneos suyos a los que conoció personalmente (Eden, Alcalá Zamora, Camus). El segundo, *El libro de las procosas*, ordena alfabéticamente algunos de los conceptos sobre los que el autor había trabajado, desde «aburrimiento» o «capitalismo» hasta «Hungria» y «libertad». Algunos artículos de este segundo libro, publicado en 1979, conciernen a las ideas políticas de Madariaga sobre la organización territorial del Estado Español.

En la voz «autonomía» encontramos una crítica a la denominación de “territorios autónomos” a los que antes se llamaban regiones. El autor sospecha que esta

denominación se compone de un texto híbrido, una “mezcolanza de pensamientos encontrados”. Se parte de un supuesto concepto real y positivo como el de “nacionalidad”, que, en realidad, denomina a una “nación”. La mezcla de los términos «nación» y «nacionalidad» produce una postura inadmisibile: “España es un Estado compuesto de diez o doce naciones”. Esto, para Madariaga, es un disparate, pues un pueblo es “un grupo humano con una conciencia de ser que puede ser más o menos fuerte pero que *es*. Hay un pueblo español; y los catalanes o vascos que lo niegan son quizá los más españoles más característicos que existen” (Madariaga, *Cosas y gentes II* 53). Con esto último, se refiere a que tanto los vascos como los catalanes encarnan uno de los rasgos que Madariaga consideraba propios del español: el separatismo.

Admite, no obstante, que es necesario un cierto grado de autonomismo en algunas regiones. Por eso, busca un término que se ajuste a aquellas partes de España que van a recibir más autonomía: *países*, un término que evoca con más fuerza sintética los rasgos de cada región, ya que los habitantes de un mismo país se llaman unos a otros “paisanos”. Por tanto, se puede concluir que Madariaga considera que España es una única nación en la que conviven culturas diversas que tanto la historia como la geografía han unificado: existe la diversidad dentro de la unidad.

El federalismo, que es un estadio intermedio entre el separatismo y el centralismo, es la opción política que Madariaga considera más conveniente para esa realidad, ya que “los pueblos vasco y catalán tienen un derecho natural a su existencia como tales pueblos; y otro tanto ocurre con todos aquellos pueblos de la Península que así lo sienten y piensan de verdad”. Con las tesis sobre el separatismo expresadas anteriormente, tiene por objeto advertir a sus lectores “del irracionalismo, de la emotividad, del peligro real y efectivo que encierra el separatismo”, que, sin embargo, “es compatible con el reconocimiento del derecho de vascos y catalanes a su máxima libertad dentro de la unión española”. Si en el futuro cae la dictadura y se vuelve a avanzar en libertad, señala es necesario liberarlos para que “la libertad efectiva circule como una savia nueva por todo el cuerpo de España, de todas las Españas; para que todas las Españas vivan y se muevan” (Madariaga, *General, márchese usted* 251).

7. CONCLUSIONES

A lo largo del presente trabajo hemos visto la evolución del pensamiento de Madariaga en torno a la idea de España. Su visión particular es un vivo reflejo de su época. Algunos rasgos, como el psicologismo, la concepción liberal de la política, el anticomunismo y la visión europeísta, características que destacan en este autor, se encuentran también en otros miembros de su generación. A su vez, son una muestra de los complejos problemas identitarios que sufrió el país durante el siglo XX, y que todavía tienen relevancia. Las conclusiones principales son seis:

En primer lugar, Madariaga afirma la existencia de un «carácter nacional» que distingue a los países. Éste se forma a través de la vivencia del país y se expresa histórica y culturalmente. En este sentido, las lenguas son la expresión más viva de ese carácter. Por tanto, las disciplinas humanísticas, como la psicología, la historia o la literatura, son definitivas para el estudio de la nación.

En segundo lugar, el rasgo propio del «carácter nacional» español es el individualismo. El conocimiento de esta realidad explica gran parte de la historia del país y, además, sirve como guía para la corrección de los errores del pasado. Al conocer el carácter nacional, el autor es capaz de predecir hasta cierto punto, analizar y juzgar el comportamiento de los españoles.

En tercer lugar, la historiografía sobre España ha producido graves errores de consideración de la propia entidad histórica. El país ha sido observado desde el paradigma de la excepcionalidad y se han roto los vínculos históricos y culturales que lo unen con Hispanoamérica y Europa. La libertad en Hispanoamérica, en expansión durante la segunda mitad del siglo XX, depende del encuentro y la identificación con una cultura hispana a la que pertenece por origen. Por su parte, el futuro tanto de España como de Europa ha de retornar a la vida del espíritu que le distingue del resto de civilizaciones, es decir, “declararnos abiertamente griegos con Sócrates y cristianos con Jesucristo, es decir, seres humanos conscientes del valor de su espíritu” (Madariaga, *El sentido de la diversidad* 238).

En cuarto lugar, la “España real” no puede desarrollarse sin una libertad que, con el régimen de Franco, no es posible. La única solución para el país es la búsqueda de

un sistema que permita un diálogo político con el centro, en el que no dominen los extremismos políticos propios del carácter nacional español: la dictadura y el separatismo. En este sentido, en sus últimos años el escritor expresó su apoyo a la Transición democrática y a las figuras de Suárez y el rey.

En quinto lugar, el autor considera que el problema de la pluralidad regional de España se ha de resolver con un sistema federal. Crítico con el separatismo por su falta de sentido histórico y el desgarramiento que puede producir en el país, admite que las “regiones” de España han de tener una relativa autonomía. La innegable pluralidad del país, expuesta a los extremos del centralismo y el separatismo, se ha de resolver a través de una federación de regiones.

Por último, la sexta conclusión es que tanto la vida como la obra de Madariaga dan cuenta de su profunda imbricación en los asuntos del país. La riqueza de su perspectiva, notable por ser liberal y europeísta y por su afán de conocimiento histórico, completa una concepción única del «ser de España». No sólo con su obra, sino con su vida, dio ejemplo de honestidad intelectual y de compromiso con el presente. A través del diálogo y la polémica despertó una conciencia de una realidad cultural que, al margen de errores ocasionales, fomentó el entendimiento de los pueblos hispánicos y abrió el debate sobre la esencia de España y su papel en el mundo. Julián Marías, en un artículo publicado tras su muerte, concluía:

“Este hombre que pasó la mayor parte de su vida fuera de España era irremediablemente español; y yo diría más: crecientemente español. A medida que iba avanzando en la vida, que tenía a España más lejos en la presencia física, se le iba recrudesciendo su españolismo, y eso se reflejaba en su prosa, que adquiría un sabor, una intensidad, una fuerza que antes no había tenido. Después de cuarenta años seguidos de ausencia, había dejado de ser «cosmopolita» para ser fieramente español. Un español, bien entendido, que llevaba el mundo dentro.” (Marías, *Las lealtades de Madariaga*).

Salvador de Madariaga es un ejemplo, en su vida y obra, del compromiso intelectual que, con un proyecto ambicioso y quijotesco, buscó la reconciliación de Españas y el mundo hispánico.

8. BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

8.1. ARCHIVOS

Archivo personal de Salvador de Madariaga en el Instituto José Cornide de La Coruña.

Cajas 10, 35, 197, 198, 199, 200, 202.

8.2. TRABAJOS CITADOS

Aiton, Arthur S. «Review of Christopher Columbus: Being the Life of the Very Magnificent Lord Don Cristobal Colon.» *The Mississippi Valley Historical Review* 2.28 (1941): 248–249.

Benítez, Rubén. «University of Nebraska - Lincoln.» 1 de Enero de 1982. 29 de Abril de 2016. <<http://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish/55/>>.

Castillejo, José. *Democracias destronadas*. Madrid: Siglo XXI de España editores, 2008.

Cernuda, Luis. *Luis Cernuda: Poesía completa*, Harris, Derek (ed.). Madrid: Siruela, 1993.

—. *Poesía completa*. Madrid: Siruela, 1993.

Cruz Prados, Alfredo. «Sobre los fundamentos del nacionalismo.» *Revista de Estudios Políticos* (1995): 199-221.

Glondys, Olga. *La Guerra Fría cultural y el exilio republicano*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012.

González Cuevas, Pedro Carlos. «La crisis del liberalismo en Salvador de Madariaga.» *Cuadernos de Historia Contemporánea* (1989): 73-102.

Gorkin, Julián. «Los setenta años de Salvador Madariaga.» *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura XXI* (1956).

—. «Madariaga y la integración democrática española.» *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura LII* (1961): 3-7.

Judt, Tony. *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus, 2006.

Santiago de Navascués

- Keen, Benjamin. «The Black Legend Revisited: Assumptions and Realities.» *The Hispanic American Historical Review* (Nov. 1969): 703-719.
- López Álvarez, Luis. «De la angustia a la libertad.» *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* X (1955): 108.
- Lukacs, John. *El Hitler de la Historia: juicio a los biógrafos de Hitler*. Madrid: Turner, 1997.
- Madariaga, Salvador de. *A la orilla del río de los sucesos*. Barcelona: Orbis, 1984.
- . *Amanecer sin mediodía*. Madrid: Espasa-Calpe, 1978.
- . *Bolívar*. Madrid: Sarpe, 1985.
- . *Bolívar (II)*. Madrid: Sarpe, 1985.
- . *Cosas y gentes II*. Madrid: Espasa Calpe, 1979.
- . *De Colón a Bolívar*. Círculo de Lectores, 1955.
- . *De la belleza en la ciencia*. 2 de mayo de 1976.
http://www.rae.es/sites/default/files/Discurso_de_ingreso_Salvador_de_Madariaga.pdf. 23 de 05 de 2016.
- . *Dios y los españoles*. Barcelona: Planeta, 1975.
- . *Dios y los españoles*. Barcelona: Planeta, 1975.
- . *El auge del Imperio español en América*. Madrid: Sarpe, 1985.
- . *El sentido de la diversidad*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces, 1999.
- . *España*. Madrid: Aguilar, 1931.
- . *España*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1934.
- . *España*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1942.
- . *España*. Madrid: Espasa-Calpe, 1978.
- . *General, márchese usted*. Madrid: Grupo libro 88, 1992.
- . *Hernán Cortés*. Madrid: Espasa Calpe, 1986.
- . *Hernán Cortés*. Madrid: Espasa-Calpe, 1975.
- . *Ingleses, franceses, españoles*. Bilbao: Espasa-Calpe, 1931.

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

- . *L'Amérique latine entre l'Ours et l'Aigle*. Paris: Stock, 1963.
- . *Memorias de un federalista*. Editorial Sudamericana : Buenos Aires, 1967.
- . *Obra poética*. Barcelona: Plaza & Janés, 1976.
- . *Presente y porvenir de Hispanoamérica*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1959.
- . *Retrato de un hombre de pie*. Madrid: Espasa Calpe, 1979.
- . *Spain: a modern history*. Nueva York: Frederick A. Praeger, 1958.
- . *Vida del Muy Magnífico Señor don Cristóbal Colón*. Madrid: Espasa Calpe, 1978.
- Mariás, Julián. *España inteligible*. Madrid: Alianza, 1985.
- . «Las lealtades de Madariaga.» *El País* 15 de Dic. de 1978. Página web. 10 de 05 de 2016.
<http://elpais.com/diario/1978/12/15/opinion/282524404_850215.html>.
- Nowell, Charles E. «Review of Christopher Columbus: being the life of the Very Magnificent Lord Don Cristobal Colon.» *The Journal of Modern History* 13.1 (1941): 81–83.
- Ortega y Gasset, José. *La rebelión de las masas*. Madrid: Tecnos, 2008.
- Orwell, George. http://orwell.ru/library/essays/nationalism/english/e_nat. Mayo de 1945. 2016 de 05 de 20.
- Payne, Stanley. *40 preguntas fundamentales sobre la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2006.
- . *El régimen de Franco*. Madrid: Alianza, 1987.
- Pérez, Joseph. *La leyenda negra*. Madrid: Gadir, 2009.
- Preston, Paul. *Las tres Españas del 36*. Barcelona: Plaza&Janés, 1998.
- . *Las tres Españas del 36*. Barcelona: Plaza & Janés, 1998.
- Sacks, Norman P. «The Man Who Entered Through The Window.» *Hispania* Vol. 59.No. 4 (1976): pp. 942-951.
- Southworth, Herbert R. *El lavado de cerebro de Francisco Franco*. Barcelona: Crítica, 2000.
- . *El mito de la cruzada de Franco. Crítica bibliográfica*. París: Ruedo Ibérico, 1963.

Santiago de Navascués

- Tocqueville, Alexis de. *La democracia en América II*. Madrid: Alianza Editorial, 1986.
- Townson, Nigel (dir.). *¿Es España diferente? Una mirada comparativa (siglos XIX y XX)*. Madrid: Taurus, 2010.
- Unamuno, Miguel de. *El porvenir de España y los españoles*. Madrid: Espasa Calpe, 1973.
- Victoria Gil, Octavio. *La vida y obra trilingüe de Salvador de Madariaga*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense: Servicio de Reprografía, 1989.
- VV.AA. *Salvador de Madariaga*. La Coruña: Imprenta Mundo, 1987.
- Wagner, Henry R. «Review of Hernan Cortes, Conqueror of Mexico.» *The American Historical Review* 4.47 (1942): 911–914.

8.3. OTRAS OBRAS

- Altamira y Crevea, Rafael. *Psicología del pueblo español*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1997.
- Gavinet, Ángel. *Idearium español; El porvenir de España*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1996.
- Juderías, Julián. *La leyenda negra y la verdad histórica*, Madrid: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1914.
- Ortega y Gasset, José. *España invertebrada: bosquejo de algunos pensamientos históricos*, Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1992.
- Madariaga, Salvador de. *La Cruz y la Bandera y Las Tres Carabelas*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1966.
- . *Semblanzas literarias contemporáneas*, Barcelona: Editorial Cervantes, 1924.
- . *The Genius of Spain and other Essays on Spanish Contemporary Literature*, Oxford: Oxford University Press, 1930.

La idea de España y la hispanidad en Salvador de Madariaga

Menéndez Pidal, Ramón. *El Padre Las Casas, su doble personalidad*, Madrid: Espasa Calpe, 1963.

Unamuno, Miguel de. *Por tierras de Portugal y España*, Madrid: Renacimiento, 1911.

Víctor Andrés Belaunde, et al., *Estudios sobre el «Bolívar» de Madariaga*, Caracas: Imprenta Nacional, 1967.